

«DAR LEY A LOS OTROS» Y EMANCIPARSE DE ELLA:
BALANCE DE HEGEMONÍA EN LAS DOS GUERRAS DE
FLANDES (1635-1646)¹

*«To Give Law to Others», and to emancipate yourself from
it: Assessing Hegemony during the Two Wars of Flanders
(1635-1646)*

Alicia ESTEBAN ESTRÍNGANA

Universidad de Alcalá

Correo-e: alicia.esteban@uah.es

ORCID: 0000-0002-7824-0982

RESUMEN: Este artículo se propone arrojar luz sobre cómo Francia intentó emanciparse de «la ley» de los Habsburgo de Madrid y valorar en qué medida logró hacerlo entre las décadas de 1630 y 1640. Para ello, examina un espacio político concreto y un escenario de guerra específico, ubicado en el área más occidental del Sacro Imperio: las provincias y frentes de los Países Bajos «españoles». La etapa analizada se intercala entre 1635, el año de la declaración de guerra de Luis XIII a Felipe IV, y 1646, el último en que este monarca afrontó dos guerras en Flandes, pues al siguiente las Provincias Unidas no pusieron sus ejércitos en campaña y las operaciones se desarrollaron únicamente en el frente de Francia.

Palabras clave: protección; neutralidad; antineutralidad; Países Bajos; Casa de Habsburgo; Casa de Borbón.

1. Resultado del Proyecto I+D Excelencia «Conformar la Monarquía Hispánica: cultura política y prácticas dinásticas en los siglos XVI y XVII», adscrito a la UAH (MINEICO-FEDER: HAR2016-76214P).

ABSTRACT: This article aims at shedding light on how France attempted to break free from «the law» of the Spanish Habsburgs as well as to assess to what extent it achieved it during the decades of the 1630s and 1640s. In order to do that, it focuses on a concrete political space and a specific war context: the provinces and fronts of the Spanish Low Countries on the Western corner of the Holy Roman Empire. More specifically, this study covers the period between 1635, when Louis XIII declared war against Philip IV, and 1646, the last time the latter faced two wars in Flanders since the army of the United Provinces did not campaigned next year and the military operations took place only on the French front.

Keywords: protection; neutrality; anti-neutrality; Low Countries; House of Habsbourg; House of Bourbon.

La idea de que la Casa de Austria, poseedora de numerosos territorios en Europa y fuera de ella, aspiraba a la consabida «monarquía universal» en detrimento de los derechos y libertades de todos los demás príncipes o estados europeos impulsó la política exterior de la Corona de Francia entre, como mínimo, las décadas de 1620 y 1640.

De acuerdo con ella, la ambición desbocada de los Habsburgo —su anhelo de dominación absoluta, en el sentido de completa y excluyente, del mundo—, comprometía la paz de Europa, porque se sustentaba en una capacidad de acción indiscutible, derivada de la posición de poder de la dinastía en dos áreas: Italia, donde la rama madrileña poseía dos importantes bastiones (el ducado de Milán y los reinos de Nápoles y Sicilia) que le aseguraban el control de otras entidades menores de la península italiana; y el Sacro Imperio, donde la rama vienesa portaba la corona imperial y tenía a su disposición los recursos militares de Alemania. De ahí que resultara imprescindible contener a la Casa de Austria mediante un sistema preparado para compensar su fuerza y minar su capacidad de amenazar la seguridad de las demás Casas europeas, particularmente la de Borbón. Este sistema debía fundarse en ligas integradas por miembros «locales» de esas dos regiones clave (Italia y Alemania), más expuestas a convertirse en presa de la dominación de los Habsburgo y, en consecuencia, más proclives a alimentar su potencial dominador. Tales miembros se comprometerían a entrar en guerra contra quien pretendiera introducir cualquier mudanza en perjuicio suyo, pero su capacidad de obrar colectivamente debía ser garantizada por poderes externos (Francia primero y, a partir de 1631, también Suecia, su reciente aliada, dentro del Imperio), porque en ambas

regiones los Habsburgo contaban con «adherentes»² a los que asistían a cambio de respaldo y colaboración para concretar sus depravados designios. Sería un «sistema de seguridad común», alternativo al «sistema de dominación» establecido por los Habsburgo, y se presentaba como una forma particular de *assecuratio pacis*, un concepto tradicional ya presente en los tratados de paz de la Baja Edad Media y el inicio de la Edad Moderna.

Aunque esta noción no era nueva en las décadas de 1620-1640, sí lo era la tentativa de asegurar la paz de forma duradera y estable mediante semejante sistema que, a modo de solución colectiva, incorporaba también la función tradicional de «arbitraje de la Cristiandad», esto es, de garantía natural de la paz universal entre príncipes cristianos. Una función legítima, opuesta a la aspiración de dominación ilegítima y opresiva de los Habsburgo, que Francia pretendía arrogarse para su rey en detrimento del emperador, incapaz de ejercerla con ecuanimidad por ser un miembro de la Casa de Austria y actuar como parte interesada y no como mediador o moderador imparcial del orbe cristiano. Estas variables confluyeron en las concepciones que modelaron la respuesta política de Richelieu, confiriéndole personalidad propia y convirtiendo al cardenal en impulsor de una compleja política europea anti-Habsburgo³.

Según este planteamiento de Richelieu, una aspiración de dominio, sustentada por una capacidad de dominación, se traducía en predominio o supremacía de poder de un príncipe-dinastía, que, valiéndose de ambas, extendía su influencia y su autoridad política más allá de los límites de su «soberanía». Esta indeseable «hegemonía»⁴ representaba una amenaza real para todos/as los/las demás, porque

2. Esto es, príncipes o entidades políticas menores, aliadas y amigas, que por conveniencia se posicionaban bajo su influencia y protección mediante la diplomacia, la persuasión, la intimidación o la adecuada combinación de unas y otra. Obraban entonces como subalternas, adjuntas o conjuntas a la otra, mayor y principal, porque perdían su independencia en determinados ámbitos (derecho de paz y de guerra y derecho de concluir alianzas ofensivas y defensivas), pero conservaban su individualidad política y su autonomía de gobierno. «Aderente: la cosa que se allega a otra, que es la principal», COBARRUVIAS OROZCO, S. DE: *Tesoro de la lengua castellana o española*. Madrid, 1611, f. 15r.

3. Para los dos últimos párrafos, BABEL, R.: «L'*assecuratio pacis* avant Richelieu. Quelques repères», en BRAUN, G. y BUCHENAU, S. (dirs.): *Assecuratio Pacis. Les conceptions françaises de la sûreté et de la garantie de la paix de 1648 à 1815*, de consulta electrónica desde 2010 en la dirección URL que se cita en el apartado bibliográfico final.

4. La relación entre «monarquía universal» y «hegemonía» en SCHRÖDER, P.: «The Concepts of Universal Monarchy & Balance of Power in the first Half of the Seventeenth Century. A Case Study», en KOSKENNIEMI, M.; RECH, W.; y JIMÉNEZ FONSECA, M. (eds.): *International Law and Empire: Historical Explorations*. Oxford, 2016, pp. 83-100; y *Trust in Early Modern International Political Thought, 1598-1713*. Cambridge, 2017, pp. 6-7, 45-47 y 60-62. Sobre la función del dispositivo retórico de la «monarquía universal» más allá del estudio clásico de Franz Bosbach, VAN GELDEREN, M.: «Universal Monarchy, the Rights of War and Peace and the Balance of Power. Europe's Quest for Civil Order», en PERSSON,

quien la adquiriría disponía de territorio extenso, amplios recursos y numerosos «adherentes» a los que salvaguardaba con su primacía en detrimento de quienes no lo eran. Esto no quiere decir que la hegemonía se adquiriera y conservara a través de la fuerza, mediante intentos agresivos y medios militares coercitivos orientados a imponer-mantener la «dependencia» o «sujeción» de esos otros «adheridos» que contribuían a procurarla y a sostenerla. Bastaba con ser capaz de: romper la paz cuando resultaba indispensable para afianzar intereses propios; intervenir con suficiencia cuando la paz se rompía por la acción de otro/s; proyectar, precisamente por eso, las condiciones del futuro orden de paz nacido de la guerra en ambas circunstancias; garantizarlo a medio y largo plazo; hacer ver a todos, aliados y adversarios, que esto era posible mediante un uso adecuado de la propaganda política. Porque la hegemonía se asociaba a la proyección de una imagen de confianza para unos y de temor para los otros, sustentada en logros reconocibles a la vez que predecibles: exigía crear y mantener una opinión favorable, una consideración positiva en torno a sí que atrajera a los primeros para concretar su propia ventaja y que amedrentara o disuadiera a los segundos de fomentar oposición y antagonismo para materializar la suya.

Así, la hegemonía era el «estado» (la situación por capacidad real y por percibida o creída de tal) de «dar ley a los otros» y presuponía capacidad militar⁵, al ser ella la que procuraba estimación (*existimatio*+*aestimatio*), nacida de parámetros evaluables o mensurables que proporcionaban una superioridad decisiva a ojos de todos⁶. La expresión entrecomillada —empleada en un contexto y un frente de guerra concreto para subrayar la necesidad de hacerse dominante en las operaciones e imponerse al enemigo⁷—, ilustra bien lo que Francia trató de hacer en Europa bajo el impulso de Richelieu: emanciparse de «la ley» de otro, la Casa de Austria, y tratar de establecer las condiciones en las que la Casa de Borbón pudiera «dar ley» a los otros, asegurándose aliados estables a cambio de protección o de cooperación militar

H. A. y STRATH, B. (eds.): *Reflections on Europe. Defining a Political Order in time and space*. Bruselas, 2007, pp. 49-71; y STROHMEYER, A.: «Ideas of Peace in Early Modern Models of International Order: Universal Monarchy and Balance of Power in comparison», en DÜLFFER, J. y FRANK, R. (eds.): *Peace, War and Gender from Antiquity to Present. Cross-cultural Perspectives*. Essen, 2009, pp. 65-80.

5. Con independencia de recurrir o no a ella de modo sistemático (de abusar o no de la fuerza) para resolver conflictos. Pero quien la poseía era considerado agresivo por potencialmente ofensivo, véase SCHRÖDER, *Trust in Early Modern...*, p. 137.

6. Para la etimología de *aestimare-existimare*, HABINEK, T.N.: *The Politics of Latin Literature: Writing, Identity, and Empire in Ancient Rome*. Princeton, 1998, pp. 46 y 185.

7. En el frente de Flandes por el príncipe Tomás de Saboya, gobernador de armas del ejército, a Olivares, Burgos de Cambrai, 8 de septiembre de 1638: «[...] yo esperaré poner las cosas en estado que S. M. podrá dar ley a los otros y sin esto correrá peligro de ir todos los días perdiendo», Archivo General de Simancas (AGS), Estado (E), leg. 2053, 275.

específica en el marco de un conflicto bélico de grandes dimensiones, la Guerra de los Treinta Años (1618-1648), que Francia contribuyó a extender y prolongar por interés propio a partir de 1635.

Cabría pensar entonces que la tentativa de los Habsburgo de lograr y mantener su hegemonía por medios potencialmente ofensivos (y sólo en este sentido agresivos) generó una resistencia de signo contrario que sí recurrió al uso sistemático de la fuerza para neutralizar, suplantar y, luego, sustituir dicha hegemonía por la del rey Borbón en la segunda mitad del siglo XVII. Un recurso lógico si se considera que la paz nacía de la guerra y que eran los fundamentos de la *Pax Christiana* (percibida por Richelieu como *Pax Austriaca*, ordenada bajo la firme alianza de la Casa de Austria, y a la postre como *Pax Hispanica*, proyectada por la rama madrileña de los Habsburgo mediante su alianza con la vienesa para contener a Francia dentro de sus límites) lo que Luis XIII se propuso subvertir al objeto de convertirla en una *Pax Gallica* (un nuevo orden de paz proyectado por Francia para contener a los Habsburgo de Madrid, excluyéndolos de dicha proyección e incapacitándolos para romper la guerra a voluntad). Se trataba de volver inofensiva a la Casa de Austria mediante una guerra de desgaste: compelida a defenderse, acabaría perdiendo su condición de poder «regulador» del orbe cristiano y sus funciones serían asumidas por la de Borbón. Había que abatir «la grandeza» de los Habsburgo para afirmar «la grandeur» de Corona de Francia, según expresa la documentación coetánea.

Puesto que eran los Habsburgo de Madrid quienes, a ojos de Richelieu, «aspiraban a» y «reunían la capacidad necesaria para» imponer su ley en Europa —pudiendo perpetuar sus tiránicos dictados si contaban con la alianza inequívoca del emperador y el potencial militar del Sacro Imperio—, desde comienzos de la década de 1630 la política anti-Habsburgo del cardenal se propuso privar a la Casa de Austria de vías, rutas y enlaces de comunicación estratégicos en el área occidental del Imperio mediante la adquisición de derechos de paso, guarnición y «protección» que aseguraran, a Francia, una sólida red de «adherentes» en Alemania. La red propugnaba la cohesión de potenciales enemigos de los Habsburgo, pero también el estado de neutralidad de quienes no lo eran en aquellos conflictos que involucraban a la dinastía dentro del Imperio.

Impulsada por un elemento contextual concreto —la entrada de la Corona sueca en la Guerra de los Treinta Años—, esta neutralidad iba asociada a un régimen de protección francés⁸, concretado en tratados bilaterales con Luis XIII que sustraían a los «protegidos» de Francia de la autoridad del emperador al tiempo que los

8. Régimen de protección que ni en términos generales ni específicamente franceses era inédito en Europa, CREMER, A.: «La 'protection' dans le droit international public européen du XVIème siècle», en STEGMAN, A. (ed.): *Théorie et pratique politique à la Renaissance*. París, 1977, pp. 145-157. Sobre la práctica de la protección negociada, el estudio de caso de MICALLEF, F.: ««Sous ombre de protection». Stratégies et projets politiques pendant les «affaires de Provence» (France-Espagne-Italie, 1589-1596)», *Revue Historique*, 656, 4, 2010,

posicionaba bajo la tutela militar del rey Borbón, que obtenía el derecho a realizar operaciones militares en su suelo y a conseguir en él lo necesario para hacer la guerra a los Habsburgo. Porque la neutralidad disfrazada de protección no situaba al «neutro» al margen de los conflictos del Sacro Imperio: sólo privaba al emperador de las asistencias que precisaba para ejecutar la guerra dentro del Imperio al dejarlas a disposición del garante de la misma (el protector) para, llegado el caso, emplearlas contra los Habsburgo. De ahí que la neutralidad fuera reprobada de forma generalizada en su seno antes y después de que Richelieu comenzara a implementar su particular política de protección alemana por entenderse que los «neutros» se colocaban *de facto* del lado de los enemigos públicos del emperador y del Imperio, perjudicando la seguridad e integridad de éste como cuerpo constitucional al desconcertar la unión-conformidad que debía existir entre su cabeza y sus miembros. Porque, gracias a la «neutralidad protegida», los miembros se confederaban con potentados extranjeros y cooperaban con ellos, dándoles el favor y la ayuda que precisaban para actuar contra la cabeza⁹.

La pretensión de neutralidad «entre el emperador y los suecos y franceses» repugnaba «al oficio y potestad de los electores, príncipes y estados del Imperio», obligados «juntamente con el emperador del cuidado del Sacro Imperio y nación germánica»; a la obediencia debida al emperador, lo que transformaba a los neutrales en rebeldes; y a la fidelidad también debida al emperador y al Imperio como patria común, lo que convertía a los neutrales en traidores¹⁰. Es lógico, por eso, que su censura se tratara de fundamentar jurídicamente desde el entorno Habsburgo, alegando que la neutralidad contravenía el derecho y las leyes fundamentales del Imperio¹¹, porque si la neutralidad trasgredía las «constituciones alemanas», quebrantaba el orden jurídico imperial. Así, se podía recurrir legítimamente a la fuerza para

pp. 763-794 y *Un désordre européen. La compétition internationale autour des «affaires de Provence» (1580-1598)*. París, 2014.

9. GOTTHARD, A.: «L'abominable monstre de la neutralité: la campagne de libelles contre la neutralité pendant la Guerre de Trente Ans», en CHANET, J. F. y WINDLER, Ch. (dirs.): *Les ressources des faibles. Neutralités, sauvegardes, accommodements en temps de guerre (XVIe-XVIIIe siècle)*. Rennes, 2010, pp. 83-103; SCHNAKENBOURG, E. (ed.): *Entre la guerre et la paix. Neutralité et relations internationales, XVIIe-XVIIIe siècles*, Rennes, 2013 (Parte I). Un tratado anónimo e inédito, atribuido a Diego de Saavedra Fajardo y datado en 1640, que está dirigido a Olivares y lleva por título *Antineutralidad. Tratado y discurso jurídico-político en que se prueba claramente que los electores, príncipes y estados del Imperio Romano Germánico no pueden ser neutrales, sino tener siempre el partido del Emperador contra cualesquiera príncipes dentro y fuera del Imperio. Compuesto por el bueno y fiel vasallo*, ofrece una versión elaborada de la noción de neutralidad y de su condena, Biblioteca Nacional de España (BNE), Ms. 432, ff. 1-73. Sobre este tratado, su atribución y datación durante la Dieta de Ratisbona (septiembre de 1640-octubre de 1641), MONOSTORI, T.: «*Antineutralidad*. An unknown and unpublished book of Diego de Saavedra Fajardo», *Janus. Estudios sobre el Siglo de Oro*, 7, 2018, pp. 1-18.

10. BNE, Ms. 432, ff. 20v-23r y 25r-28v, las citas literales de los ff. 2bis y 25v.

11. *Ibidem*, ff. 11r-16v, 23r-25r y 29r-30v.

restablecerlo de parte del emperador o de cualquier otro príncipe del Imperio, es decir, de los Habsburgo, siendo Felipe IV miembro del mismo en calidad de príncipe soberano del Círculo de Borgoña y del ducado de Milán. De ahí que determinados acontecimientos en los que se vio envuelto uno de sus electorados católicos, el de Tréveris —indiscutible logro de la «política de protección» alemana de Richelieu en su empeño por aislar las provincias de Flandes de Alemania a comienzos de la década de 1630—, obraran como detonante clave de la contienda Habsburgo-Borbón por la hegemonía europea en el marco de la Guerra de los Treinta Años.

Partiendo de estas premisas, se tratará, en primer lugar el contexto de la declaración de guerra de Francia que llegó a Bruselas en mayo de 1635, atendiendo al entramado de lealtades que Luis XIII tejió en los años previos dentro del Sacro Imperio. A continuación, se aportará un balance de esta guerra franco-española en el frente meridional de los Países Bajos durante los años de gobierno del Cardenal Infante don Fernando (1635-1641), indisociable del de la guerra hispano-holandesa librada en el frente septentrional durante la misma etapa. Por último, se analizará la evolución de ambas contiendas en el doble frente de Flandes entre 1642 y 1646, jalonada por la controvertida batalla de Rocroi (1643), para valorar en qué medida afirmó Francia su supremacía militar en la frontera de los Países Bajos en los años previos a la firma del tratado bilateral de paz de Felipe IV con las Provincias Unidas (Münster, 30 de enero de 1648) y aportar una reflexión sobre las expectativas hegemónicas de Francia en el umbral negociador de Westfalia.

1. ALIANZAS Y PROTECCIÓN DE FRANCIA EN VÍSPERA DE GUERRA (1624-1635)

La inesperada toma de la ciudad episcopal de Tréveris por tropas llegadas desde el vecino ducado de Luxemburgo siguiendo órdenes del Cardenal Infante —y la consiguiente expulsión, el 26 de marzo de 1635, de la guarnición francesa que albergaba—, suele considerarse precipitante clave de la declaración de guerra de Luis XIII, enviada a Bruselas el 19 de mayo de 1635 en forma de desafío. La inacción de Francia tras ese hecho hubiera puesto en cuestión la credibilidad de toda la «política de protección» frente a los suecos implementada por Richelieu a partir de 1631, demostrando a toda Europa la impotencia militar del rey Borbón. Desde luego, que el Infante apresara al príncipe elector, Felipe Cristóbal de Sötern, y lo trasladara a Flandes desposeyéndole de sus derechos legítimos sobre el electorado con la connivencia del emperador¹², obligaba a Francia a actuar en defensa de

12. Repitiendo, a ojos de Francia, los pasos dados varios años antes por Felipe III, el archiduque Alberto y el mismo emperador frente al elector Federico V del Palatinado (1620) y al duque de Mantua-Monferrato, Carlos de Gonzaga-Nevers (1628-1629), BRAUN, G.: *La connaissance du Saint Empire en France du Baroque aux Lumières (1643-1756)*. Múnich, 2010, p. 75. Los motivos que el Infante tuvo para detener a Sötern se reproducen en «Justificación de

sus aliados católicos del Imperio, legitimaba su intervención explícita en la Guerra de los Treinta Años y permitía a Luis XIII presentar su guerra como «preventiva» o «defensiva de protección» del reino y sus «adherentes»¹³.

El resguardo francés de Tréveris se enmarcaba en una política de ofertas de protección dirigidas por Francia a los pequeños principados soberanos católicos y a las ciudades libres católicas del Imperio que se hallaban enclavadas en los márgenes de la frontera oriental y nororiental del reino, entre Lorena y el Rin, dentro de los Círculos Imperiales de la Alta Renania y Electoral del Rin. Dicha política se había iniciado a finales de 1631 con la intención de lograr influencia en la zona mediante la toma de posiciones estratégicas en los márgenes del río. Esto permitía a Luis XIII controlar plazas-puente de forma legítima, asegurándose con ello la capacidad de intervenir en Alemania para solventar las necesidades preventivas o defensivas de Francia, que ésta percibió muy claramente a comienzos de 1630, cuando el duque Carlos IV de Lorena —que desde su sucesión manifestaba una política pro-Habsburgo—, había invitado a las tropas imperiales a ocupar dos fortalezas situadas en el obispado de Metz (bajo protección francesa desde mediados del siglo XVI y perteneciente, como los de Toul y Verdún, a la iglesia metropolitana del arzobispado de Tréveris): Vic y Moyenvic. El ultimátum lanzado por Francia en diciembre de 1631 para su retirada —ignorado por el duque y el emperador—, propició una primera invasión francesa de Lorena, que se saldó con la toma de las dos fortalezas y la imposición, a Carlos IV, del llamado Tratado de Vic (6 de enero de 1632)¹⁴. Este convenio aseguraba a Francia dos tipos de derechos en el ducado: de paso, para acceder al Rin, y de guarnición, lo que equivalía a asegurar el uso militar de Lorena de parte francesa y su supuesta neutralidad en cualquier posible conflicto que enfrentara a Luis XIII con los Habsburgo en esta zona.

Con todo, la puesta en marcha de ofertas de protección de esta naturaleza fue presentada por Francia como una reacción propia a la victoria de sus aliados suecos (por el Tratado de Barwâlde, de 23 de enero de 1631, que convirtió a Gustavo Adolfo en rey subsidiado por Luis XIII) y de los protestantes del Imperio (aliados de Suecia) en la batalla de Breitenfeld (Sajonia, 17 de septiembre de 1631), que desató el pánico entre los estados católicos por el rápido avance de esta fuerza ofensiva hacia

la detención de la persona del señor elector arzobispo de Treberis hecha por el señor Infante Cardenal en 1635, en AEDO, D. DE: *Viage, sucesos y guerras del cardenal don Fernando de Austria... hasta veinte y uno de septiembre de 1636*. Madrid, 1637 (cap. XVIII), pp. 177-179. Un comentario sobre este suceso, ligado a la empresa 78, en SAAVEDRA FAJARDO, D.: *Idea de un príncipe político christiano, representada en cien empresas*. Amberes, 1659, pp. 621-622.

13. BRAUN, *La connaissance...*, pp. 70-76; LESAFFER, R.: «Defensive Warfare, Prevention and Hegemony. The Justifications for the Franco-Spanish War of 1635» (Part II), *Journal of the History of International Law*, 8 2006, pp. 163-166.

14. La lógica y la puesta en práctica del «sistema de protección» francés de estos años a partir de este desencadenante en WEBER, H.: «Richelieu et le Rhin», *Revue Historique*, 239, 2, 1968, pp. 265-280.

el sur y el oeste del Imperio. También se vio favorecida por la ocupación sueca del electorado eclesiástico de Maguncia en diciembre de 1631. De ahí que los tratados de protección francesa presupusieran o confirieran una neutralidad que luego, por adhesión, reconocían los suecos en el conflicto que los enfrentaba con el propio Imperio y con los Habsburgo, esto es, Fernando II, la Liga Católica y Felipe IV como firme aliado del emperador.

Hasta la primavera-verano de 1634 — cuando tuvo lugar la definitiva ocupación francesa de Lorena previa conclusión del llamado Tratado de Nancy (26 de septiembre de 1633)¹⁵, que había acabado de adelantar el «sistema de protección» francés a la región que se extendía entre el Mosa, el Mosela y el Rin —, las ofertas de Francia se concretaron en acuerdos con algunos soberanos y ciudades libres de Alsacia¹⁶ y con el elector de Tréveris, quien — a diferencia del también elector eclesiástico de Colonia y príncipe-obispo de Lieja, Fernando de Wittelsbach, hermano del duque Maximiliano de Baviera —, decidió abandonar el entramado clientelar Habsburgo en esta coyuntura¹⁷. El abandono¹⁸ se percibió altamente amenazador en Bruselas por una razón concomitante. Las Provincias Unidas habían penetrado en las leales por el valle del Mosa en junio de 1632, tomando varias plazas ribereñas por súbita composición y Maastricht por asedio (tras un sitio de más de dos meses que

15. Tras haberla invadido tres veces entre 1631 y 1633 y haber forzado la abdicación y el exilio de Carlos IV en enero de 1634, VIGNAL-SOULEYREAU, M.C.: *Richelieu et la Lorraine*. París, 2004 y «La Lorraine et la France au temps de Richelieu: les substrats de l'enjeu politique et stratégique», en *Les passions d'un historien: Mélanges en l'honneur de Jean-Pierre Poussou*, París, 2010, pp. 1345-1360.

16. BATIFFOL, L.: «Richelieu et la question de l'Alsace», *Revue Historique*, 138, 2, 1921, pp. 161-200; y MALETTKE, K.: «L'Alsace à l'époque de la Guerre de Trente Ans et de la Paix de Westphalie», en TOLLET, D. y BELY, L. (eds.): *Guerres et paix en Europe Centrale aux époques moderne et contemporaine*. París, 2003, pp. 181-192.

17. Alude a las razones el artículo de Fernando Negrodo del Cerro incluido en este monográfico.

18. Jalonado por la aceptación de la protección de Francia en diciembre de 1631, se oficializó mediante una solicitud formal de salvaguardia militar realizada por Sötern desde Ehrenbreitstein el 9 de abril de 1632 y se concretó en agosto de este año con la llegada de tropas francesas, cuando las fuerzas suecas y protestantes arrasaban el ducado de Baviera. La «Declaración de Cristóval Phelipe, arzobispo de Tréveris...», por la qual, dexando la asistencia y protección del Emperador y del Rey Cathólico, acepta la de Luis XIII, Rey de Francia, y manda a todos sus súbditos reconozcan a este Príncipe por su Defensor y Protector», Coblenza, 21 de diciembre de 1631, en ABREU Y BERTODANO, J.A. DE: *Colección de los Tratados de Paz de España. Reynado de Phelipe IV*. Parte II, Madrid, 1745, pp. 326-328. Para la mudanza de la guarnición en agosto de 1632 con la opinión encontrada de las autoridades locales y la población, *Ibidem*, pp. 366-371. El contexto de dicha mudanza (que conllevó expulsión del presidio español enviado por la infanta Isabel varios años antes con el beneplácito de los cabildos municipal y catedralicio y la protesta formal del elector) se explica en MASCAREÑAS, J.: «Sucesos de la campaña de Flandes en el año de 1635, en que Francia rompió la paz con España», en *Varias relaciones de los estados de Flandes (1631-1656)*. Madrid, 1880, pp. 29-38.

concluyó a finales de agosto) gracias a una conjura nobiliaria que había reclamado la intervención armada de Luis XIII y de la República para «echar a los españoles de Flandes» mediante una doble invasión coordinada¹⁹. Aunque Luis XIII renunció a intervenir entonces, invitó al príncipe de Orange a atender la petición de los conjurados, comprometidos a no oponer resistencia a las fuerzas holandesas en su área de penetración, y Orange sacó tajada de la campaña de 1632. Obtuvo su ventaja militar muy poco antes de que los franceses guarnicionaran Tréveris y la alianza franco-holandesa²⁰, resultó de pronto más turbadora.

En Bruselas, se pensó que Francia y la República concertarían un nuevo tratado en términos distintos para invadir las provincias leales en la campaña de 1633, puesto que, desde Tréveris, los franceses controlaban el área que separaba Luxemburgo del Rin y estaban en condiciones de bloquear la llegada de socorros militares terrestres de Alemania. Bloqueo también factible al amparo de la colaboración emanada de la Liga de Heilbronn (27 de abril de 1633), que congregaba a sus aliados suecos y a un nutrido grupo de «adherentes» protestantes ubicados en los Círculos occidentales del Imperio (Franconia, Suabia y Alta Renania)²¹. De hecho, esta colaboración, asociada a la presencia militar de Francia en Lorena, también comprometía la comunicación entre Italia y Flandes, dejando a este territorio en una situación de extrema vulnerabilidad que la campaña «alsaciana» del duque de Feria (ejecutada entre el verano y el otoño de 1633) no acabó de remediar. Pero el temor de Bruselas tardó en concretarse. La alianza franco-holandesa se confirmó mediante un cuarto tratado, ajustado el 15 de abril de 1634 en los términos habituales, y fue el 8 de febrero de 1635 cuando ambas partes concluyeron un quinto tratado ofensivo que sí contemplaba un plan de invasión conjunta de las provincias leales para esa campaña: debía producir resultados tangibles en marzo, fecha en la que los dos invasores acordaron penetrar en ellas para emanciparlas de la autoridad de Felipe IV²².

¿Qué había cambiado en el Sacro Imperio entre abril de 1634 y febrero de 1635 para que Francia se decidiera a dar este paso? Dos cosas. La primera, que la temida colaboración militar entre las dos ramas Habsburgo comenzaba a funcionar

19. ESTEBAN ESTRÍNGANA, A.: «Entre deslealtad dinástica y trama antiespañola: la conjura nobiliaria flamenca de 1632 a la luz del tratado franco-holandés de 1635», en SALINERO G.; GARCÍA GARRIDO, A.; y PAUN, R. (eds.): *Paradigmes rebelles. Pratiques et cultures de la désobéissance à l'époque moderne*, Bruselas &, 2018, pp. 365-398.

20. Formalizada en la etapa de Richelieu con tres tratados bilaterales ajustados en 1624, 1627 y 1630 que fijaban las asistencias financieras con las que Luis XIII respaldaba indirectamente a las Provincias Unidas en su guerra con Felipe IV para evitar que concertaran con él una nueva tregua o una paz definitiva. Los tres en ABREU Y BERTODANO, *Colección de los Tratados...*, I, pp. 398-412 y 427-429, y II, pp. 21-28, 34-37, 157-166 y 520-543.

21. Para esta Liga, WILSON, P. H.: *La Guerra de los Treinta Años*. Madrid, Desperta Ferro, 2018, vol. 2, pp. 67-83.

22. ESTEBAN ESTRÍNGANA, «Entre deslealtad dinástica y trama antiespañola...», pp. 393-395.

eficazmente, hasta el punto de lograr la derrota aplastante de los suecos y de sus aliados protestantes en Nördlingen (5-6 de septiembre de 1634). Eso indicaba que, a través de su alianza, la Casa de Austria estaba en condiciones de asumir la iniciativa ofensiva dentro del Imperio y, en consecuencia, de protegerlo de la dañina incursión de los ejércitos que ciertos «pontentados y naciones extranjeras» movilizaban hasta él para desestabilizarlo, dando lugar a un panorama imprevisible para la suerte de Suecia. Y la segunda, que los electores, príncipes y estados protestantes, inicialmente aliados de Suecia tras su incursión en territorio imperial, habían desertado de la causa de Estocolmo entre noviembre de 1634 y febrero de 1635 mediante la redacción y posterior aceptación de los Preliminares de Pirna, que sentaban las bases de la reconciliación de estos «adherentes» filo-sueco-franceses con el emperador y los católicos. Aunque la reconciliación oficial no se concretó hasta el 30 de mayo de 1635 con el tratado de Paz de Praga —ratificado a mediados de junio por el elector de Sajonia, cuya mediación previa había arrastrado a la aceptación a todos los demás²³—, ya era un hecho a comienzos de 1635.

Si se atiende al significado de este tratado en términos de protección y neutralidad²⁴, parece claro que todos los miembros del Imperio, con independencia de la confesión religiosa, se unían para seguir el partido de su cabeza y obrar unos con otros recíprocamente, dirigiendo su potencial militar común contra esos ejércitos ajenos a él. Es decir, renunciaban a su neutralidad frente a los «potentados extranjeros» que los movilizaban, y se concertaban entre sí para ayudar al emperador a expulsar a la soldadesca extranjera, móvil o guarnicionada, de todos los Círculos y tierras imperiales. De este modo, el emperador se erigía en suprema cabeza militar del Imperio, colocada al frente del «ejército cesáreo» —el de «Su Majestad Cesárea y del Sacro Romano Imperio»—, que iba a operar dividido en tres cuerpos: uno principal, a cargo del propio emperador, y otros dos accesorios bajo dependencia, uno del duque de Sajonia, y otro «de quien S. M. lo quisiere encargar en nombre Cesaréo y del Imperio» (por ejemplo, la contraparte del elector sajón, el duque de Baviera). Un ejército común cuya finalidad era asegurar la «tranquilidad, libertad y seguridad pública [...] de la nación germánica, la conservación de S. M. C. y su Casa archiducal de Austria y de los electores, príncipes y estados del Imperio, católicos y de la Confesión Augustana», y que no depondría las armas hasta alcanzar tal objetivo. Puesto que la cooperación armada contra los enemigos considerados comunes era contraria a la neutralidad, Francia asistió, entre 1634 y 1635, al casi total desmoronamiento de su política de pluralizancias en Alemania: Luis XIII perdía parte de los apoyos que había reunido en torno a sí y no podría concitar más. Su fracaso

23. La lectura de las consecuencias de Nördlingen y de las bases y efectos de la pacificación de Praga en NEGREDO DEL CERRO, F.: *La Guerra de los Treinta Años*. Madrid, 2016, pp. 195-207.

24. BNE, Ms. 432, ff. 16v-20v. De esta referencia procede todo lo contenido en este párrafo, las citas literales de los ff. 18v y 19v.

equivalía a un éxito de los Habsburgo que convenía contrarrestar mediante una intervención directa en la Guerra de los Treinta Años, a concretar primero contra la rama más amenazadora para el rey Borbón: la madrileña.

Esta rama Habsburgo se mantuvo al tanto de las negociaciones que cuajaron el 8 de febrero de 1635 entre París y La Haya. La propia existencia del tratado, junto a su conocimiento anticipado de parte española²⁵, permiten catalogar la toma de Tréveris, auspiciada por el Cardenal Infante a finales de marzo de 1635, como una afortunada anticipación defensiva antes que como una acción ofensiva de Felipe IV. Pero competía a Luis XIII a demostrar que tenía capacidad de reacción. Resulta comprensible, por eso, que el rey Borbón la interpretara como una infame provocación a la que resultaba imposible sustraerse y no tardó en reaccionar. En abril, ratificó el tratado con la República y dio orden al residente francés en Bruselas, el señor de Amontot, Nicolás Le Seigneur, de reclamar la liberación de Sötern al Infante. La respuesta, obtenida el 4 de mayo, fue una escueta negativa: don Fernando no podía tomar ninguna resolución al respecto sin orden del emperador²⁶, porque la captura y la retención del elector eran responsabilidad de dos, de Felipe IV (protector hereditario del electorado de Tréveris en calidad de duque de Luxemburgo) y de Fernando II (protector natural de los príncipes del Imperio en calidad de emperador). De hecho, la incapacidad de ambos de ejercer esa protección de modo satisfactorio había sido el argumento esgrimido por Luis XIII para justificar la protección de Tréveris²⁷ y el

25. Conocimiento de su negociación, iniciada en julio de 1634, desde por lo menos el mes de septiembre siguiente gracias a la interceptación de correos franco-holandeses, LONCHAY, H.: *La rivalité de la France et de l'Espagne aux Pays-Bas (1635-1700)*. Bruselas, 1896, p. 31, n. 1 La negociación recibió mayor impulso tras la victoria de Nördlingen y la marcha, de allí a Bruselas, del Cardenal Infante, WADDINGTON, A.: *La République des Provinces Unies, la France et les Pays-Bas espagnols. De 1630 à 1650*, t. (1630-1642). París, 1895, pp. 243-253; PANGE, J. DE: *Charnacé et l'alliance franco-hollandaise (1633-1637)*. París, 1905, pp. 114-122.

26. La orden recibida por Amontot se reproduce sin fecha, pero con data de la respuesta del Infante, en AVENEL, D. L. M. (ed.): *Lettres, instructions diplomatiques et papiers d'état du cardinal de Richelieu*, t. IV (1630-1635). París, 1863, p. 762; la orden de hacer la reclamación y la respuesta obtenida se recogen en RENAUDOT, T.: *Recueil de toutes les Gazettes, Nouvelles ordinaires et extraordinaires et autres Relations [...] nous sommes venues toute l'année 1635*. París, 1636, nº 53 y 60, pp. 220 y 247-248.

27. Felipe IV ni siquiera era capaz de garantizar la seguridad de los territorios de su «soberanía», según demostraban las mediocres campañas de Flandes de los años 1629-1632, que se habían saldado con notorias ganancias holandesas en el norte de Brabante (s-Hertogenboch, 1629), en el Alto Güeldres y en Limburgo en 1632 (varias plazas ribereñas del Mosa escalonadas entre Venloo y Maastricht); y Fernando II tampoco podía proporcionársela al Imperio, como demostraba el avance de los suecos entre 1630 y 1632. Para el empleo del argumento en el caso de Felipe IV, la declaración de Sötern de diciembre de 1631 citada en la nota 18, donde se lee «que el Rey de España no tiene bastante poder para defenderse [...] quanto más para ayudar a otros» (p. 326), de ahí que el de Francia pareciera mejor salvaguardia; en el caso del emperador, esta misma declaración y BRAUN, *La connaissance...*, pp. 71, n. 83, 72 y 111. Si Felipe IV y

secuestro de Sötern demostraba a todos que Francia no estaba a la altura de la confianza que pretendía generar ni de la imagen de poder que pretendía proyectar, porque no era capaz de proporcionar una protección fiable. Las expectativas que la Casa de Borbón había podido despertar se revelaban infladas y la contestación dada a Luis XIII por el Infante no hacía más que constatarlo. De ahí que al rey le resultara injuriosa y le provocara «le juste ressentiment [...] d'estre mesprisé [...] et moqué par une response pleine de dol et de supposition», es decir, cargada de malicia, impostura y falsedad, porque parecía responsabilizarle a él de la cautividad del elector²⁸.

Dado que el perjuicio al prestigio del rey de Francia y la puesta en tela de juicio de sus garantías militares exigían una respuesta inmediata²⁹, ésta se concretó enseguida de dos maneras. Una se produjo a comienzos de la segunda semana de mayo de 1635, cuando la fuerza de invasión francesa cruzó el Mosa por Mézières (Champaña) y penetró de improviso en la provincia de Luxemburgo sin mediar declaración formal de ruptura de la paz entre las dos Coronas y con Luis XIII llegado a San Quintín para alentar la invasión desde la frontera. Luego, en la parte de la provincia de Namur situada al este del Mosa y contigua a Luxemburgo, dicha fuerza tomó los castillos de Ochimont y Rochefort, para después atacar y saquear, dentro de Luxemburgo, Marche-en-Famenne y un gran número de villajes en nombre del príncipe de Orange y no en el de Luis XIII, internándose seguidamente en el principado de Lieja para iniciar su avance hacia el norte al encuentro del ejército holandés, concentrado en torno a Maastricht para entrar también en Lieja y marchar hacia el oeste a atemorizar el ducado de Brabante³⁰. Y la segunda se concretó unos diez días después, cuando el 19 de mayo se presentaron en la puerta de Bruselas un heraldo de armas (denominado rey de armas en las fuentes españolas, como era

Fernando II no estaban en condiciones de proteger el electorado, no podía reprocharse al elector que hubiera obrado ilícitamente al solicitar la protección de Luis XIII.

28. *Mercuré françois*. París, 1637, t. 20, pp. 915-916, 928 y 941.

29. PARROTT, D.: *Richelieu's Army. War, Government and Society in France, 1624-1642*. Cambridge, 2001, p. 109.

30. Don Fernando a Felipe IV, Bruselas, 14 de mayo de 1635, Biblioteca de Castilla-La Mancha, Toledo (BCLM), Colección Lorenzana (CL), Mss. Papeles varios, t. III, ff. 62v-63r. Según esta carta, los franceses habían penetrado en Luxemburgo el día 9 de mayo y, en efecto, las fuentes francesas muestran que el mariscal Châtillon había dejado Mézières y cruzado el Mosa el día 8, realizando luego todas las acciones descritas, previa publicación «à son de trompe» que estaba «au service des Provinces-Unies» y al grito, no de «Vive le Roy», sino de «Vivent les États d'Hollande»; también muestran que el mariscal de Brézé cruzó el Mosa el día 10 con el resto de efectivos de invasión, HENRARD, P.: *Marie de Médicis dans les Pays-Bas (1631-1638)*. Bruselas, 1876, pp. 515-516. En que los franceses declaraban actuar (quemaban y asolaban) en nombre de Orange, la carta del Infante coincide con las relaciones de la campaña de 1635: «Campaña del año de 635 en Flandes», British Library (BL), Additional Manuscripts (Add. Mss.) 14.007, f. 11v; VINCART, J. A.: *Les relations militaires des années 1634 et 1635*. Bruselas, 1958, pp. 113-114; y MASCAREÑAS, «Sucesos de la campaña de Flandes...», p. 53.

costumbre) y un trompeta real, llegados de San Quintín con orden de transmitir a don Fernando la resolución del rey Borbón de obtener satisfacción por la fuerza de la ofensa recibida con el apresamiento de Sötern³¹. Don Fernando comunicó este incidente a Felipe IV por dos vías, privada y oficial, el 23 de mayo siguiente, cuando ya había abandonado la Corte para incorporarse al ejército y enfrentarse a los franceses. En su carta privada, mencionaba no haber dado audiencia formal al rey de armas pretextando que no se hallaba protocolariamente acreditado ni tampoco ataviado con «todos los requisitos de su oficio»; también comentaba que, al no haber sido atendido, el oficial se había marchado al galope después de arrojar al suelo un papel donde se decía

que haviéndome pedido [Luis XIII a través del residente Amontot] en cortesía al elector de Tréveris, a quien yo tenía preso en nombre de V.M. tan contra razón y derecho de las gentes, me volvía a hazer la misma demanda y que si no se le dava, vendría a sacarle por las armas y que así lo tuviese entendido. El pretexto es bien justificado quando estavan ya sus armas más havia de diez días dentro de los payses de V.M., con que se ve claramente no son amores del elector estos, sino juzgarlo [el acto de invasión] por conveniencia suya, haviéndolo ofrecido a holandeses tantos meses atrás³².

La doble invasión franco-holandesa se había concertado meses antes de la llegada de las tropas de Flandes a la ciudad de Tréveris, por lo que el desafío del rey Borbón enmascaraba intereses distintos a los aducidos y podía ser tildado de oportunista: la prisión de Sötern no era el móvil, sino el pretexto para invadir las provincias. De hecho, el motivo de no dar audiencia al rey de armas guardaba relación con el impropio modo de proceder de Luis XIII, que había roto la guerra con Felipe IV sin habérsela declarado antes formalmente³³. Existía, sin embargo, otra razón subyacente que don Fernando confeso a su hermano en la carta oficial.

Al haberse presentado el rey de armas en Bruselas de modo inadecuado y sin la indumentaria exacta y exigible a su condición —al no adaptarse su apariencia y proceder a los requisitos «heráldicos» marcados por los estatutos que reglaban sus

31. Las indicaciones recibidas por ambos sobre cómo actuar una vez llegados a Bruselas y sus peripecias allí son conocidas, porque se detallan en AVENEL, *Lettres, instructions...*, t. IV, pp. 760-763; RENAUDOT, *Gazettes 1635*, n° extraordinarios 67 y 72 y n° ordinario 75, pp. 272, 285-288 y 298-299; y *Mercure françois*, 1637, pp. 928-932. Las comenta, junto a la reclamación del residente francés Amontot, LESAFFER, «Defensive Warfare...», Part I, pp. 91-93 y Part II, pp. 110-111.

32. Don Fernando a Felipe IV, Tirlémont, 23 de mayo de 1635, BCLM, CL, Mss. Papeles varios, t. III, ff. 64v-65v.

33. Las unidades francesas no se disponían a entrar en las provincias cuando el heraldo y el trompeta cabalgaron hasta Bruselas, como afirma WILSON, *La Guerra de los Treinta Años*, vol. 2, p. 118. Llevaban diez días dentro de ellas cuando ambos llegaron ante don Fernando, como se ha indicado.

funciones —, el Infante había dudado de la seriedad de la extemporánea (por desusada) declaración de guerra presentada por su cuñado Borbón a modo de desafío. La duda procedía del acto mismo de desafiar a otro, que estaba regulado por el derecho y consistía en advertirle de que había cometido una infracción grave del mismo, merecedora de una sanción severa y aplicable si no rectificaba³⁴. Se trataba de una herramienta propia de la justicia vindicatoria, que diferenciaba entre víctima indefensa (elector de Tréveris, pasivo o paralizado por carecer de defensa) y persona ofendida capacitada para obtener justicia (rey de Francia, activo por capaz de defenderse a sí mismo y de defender a otros). Ésta se obtenía a través de una composición pactada entre el ofensor y el ofendido-afrentado o mediante una acción vindicativa orientada a imponer la misma composición por la fuerza³⁵. El desafío obraba como llamada a la composición pactada, pero la invasión francesa (acción vindicativa de fuerza militar) ya se había puesto en marcha cuando el Infante recibió la noticia de que el territorio que gobernaba en nombre de Felipe IV se exponía a ser invadido. Por eso, el anacronismo de la presentación y su improcedencia trasladaron la imaginación de don Fernando al conflicto que había enfrentado a los reyes de Francia e Inglaterra hacía casi dos siglos en el marco de la Guerra de los Cien Años. Temiendo que el desafío que portaba el rey de armas francés

podiera ser burla como la que hizo el Rey de Inglaterra a Luis Onceno de Francia, y así se le dixo que bolviere con estos requisitos y yo le oyría o bien que embiasse por ellos a un trompeta y él esperase en Bruselas hospedado y regalado. El rey de armas se escusó de estas diligencias y arrojó un papel que en suma dezía que de parte de su Rey venía para que le entregassen la persona del elector de Tréveris y que en casso de no hazerlo la cobraría por las armas, con que la guerra [tachado: declaraba la guerra con V.M. y sus Reynos] queda declarada³⁶.

El incidente de mofa al que alude el Infante ocurrió en 1475, año en el que aquella guerra se reanudó con el desembarco en Calais de Eduardo IV de Inglaterra como aliado formal de Carlos el Temerario y dispuesto a recuperar los ducados de Guyena y Normandía, junto al propio trono de Francia, con la asistencia militar

34. El «desafiamiento» tenía la finalidad de proporcionar al desafiado la oportunidad de restablecer la amistad o conformidad con el desafiador, enmendando su ilícito proceder antes de ser castigado. La ley I, título XII, de la Partida VII declaraba qué era desafío, quién podía desafiar y cuáles eran sus efectos: «...toma apercibimiento el que es desafiado para guardarse del otro que lo desafió e para avenirse con él», COBARRUVIAS OROZCO, *Tesoro de la lengua...*, f. 306r.

35. Sobre la praxis vindicatoria y la lógica de este régimen de justicia, denominado también compositivo, el trabajo de antropología histórico-jurídica de TERRADAS SABORIT, I.: *Justicia vindicatoria. De la ofensa e indefensión a la imprecación y el oráculo, la vindicta y el talión, la ordalía y el juramento, la composición y la reconciliación*. Madrid, 2008.

36. Don Fernando a Felipe IV, sin lugar, 23 de mayo de 1635, ARG, SEG, reg. 212, ff. 557-558.

del duque de Borgoña³⁷. Antes de embarcar en Dover rumbo a Calais, Eduardo IV envió a Luis XI un heraldo de armas natural de Normandía con el impropio nombre de Jarretera (la orden real de caballería inglesa), puesto que los heraldos portaban siempre el nombre de una provincia o territorio del príncipe que los enviaba. El heraldo llevaba consigo «un cartel de desafío de parte de su Rey [...] por el qual le requería al Rey Luis le restituyese su Reino de Francia, que le pertenecía». Así comienza Philippe de Commines el relato de este incidente en sus *Memorias*³⁸. El rey francés interpretó el desafío como una oferta de composición, es decir, de negociar una paz de conveniencia antes de romper la guerra. El heraldo así lo indicó: Eduardo IV negociaría una vez desembarcado, dentro de suelo francés y, por tanto, en condiciones de infligir daño a Francia. Algo que Luis XI aceptó, exponiéndose a un desenlace fatídico que no se produjo porque el duque de Borgoña faltó a lo capitulado³⁹.

La lectura que el Cardenal Infante hizo de la llegada del heraldo francés a Bruselas, cuando las tropas francesas se hallaban ya dentro de Flandes, la recoge también alguna relación coetánea de la campaña de 1635 y la explica en términos de reputación. Luis XI había aventurado la suya al recibir a un heraldo que portaba insignias desacostumbradas y al dar credibilidad a su mensaje; al dársela, había descuidado su obligación de prevenirse para la guerra⁴⁰. Sólo un cúmulo de circunstancias fortuitas evitó que aventurase también su reino y su corona, y don Fernando no quiso comprometer ni su reputación ni la seguridad de las provincias que entonces gobernaba en nombre de su hermano. Ambas iban estrechamente ligadas y el Infante prefirió ignorar lo que parecía ser una bravata (por ridícula y jactanciosa) del Borbón, empeñado en equiparar su contencioso con Felipe IV con el que Francisco I y Carlos V habían mantenido en la primera mitad del siglo XVI⁴¹.

37. Los detalles de su tratado de alianza en BLANCHARD, J. (ed.): *Philippe de Commines. Mémoires*. Ginebra, 2007, t. 2, p. 1065.

38. VITRIAN, J.: *Las memorias de Felipe de Comines, Señor de Argenton, de los hechos y empresas de Luis Undecimo y Carlos Octavo, reyes de Francia*. Amberes, 1643, t. I, cap. 70, pp. 294-295.

39. Los detalles del desenlace en BLANCHARD, *Philippe de Commines...*, t. 2, pp. 1090-1091.

40. MASCAREÑAS, «Sucesos de la campaña de Flandes...», pp. 47-50.

41. Para Lesaffer, que obvia o ignora la lectura hecha por don Fernando, la vuelta a la formalidad obsoleta del desafío demostraba reminiscencias caballerescas y amables (las mismas que habían envuelto el enfrentamiento entre Carlos V y Francisco I) y también el deseo de Luis XIII de llamar la atención sobre un triple mensaje inherente a él. Francia tranquilizaba a sus aliados demostrándoles: 1) que había roto la guerra con Felipe IV; 2) que había roto con el monarca, pero se abstenía de romper con el emperador; 3) que dejaba la puerta abierta a negar su ruptura con Felipe IV, al dirigir su declaración al Infante, mero lugarteniente del rey en los Países Bajos, LESAFFER, «Defensive Warfare...», Part I, p. 93. La asociación de este desafío de Luis XIII con los intercambiados por Carlos V y Francisco I la hizo la Gaceta de Francia en su n.º ordinario 75 (De Bruselas, 24 de mayo de 1635): «Le 19 un héraut du Roy

Contienda ésta impregnada de tradición, retórica y ensueños caballerescos, pero con un trasfondo claro de lucha por la hegemonía mediante combates en absoluto imaginarios en los que ambos contendientes, rivales en competencia por «dar ley a los otros», medían su capacidad militar. Así, don Fernando optó por trasladarse enseguida al frente para probar la suya y detener la embestida francesa en la campaña quizá más turbulenta de cuantas se habían vivido en Flandes antes y después de 1621. Al menos, así lo dio inicialmente a entender la severa derrota que un cuerpo de ejército de avanzadilla de menos de 10.000 efectivos, capitaneado por el príncipe Tomás de Saboya, sufrió ante la fuerza francesa de invasión, que la triplicaba en número. Tuvo lugar junto a Les Avins —un villaje de Lieja situado a poca distancia de la plaza fuerte de Namur y a unos 100 km de Mézières—, el 20 de mayo de 1635, sólo un día después de la llegada del heraldo a Bruselas y diez antes de que dicha fuerza se juntase con la holandesa cerca de Tongeren para penetrar unidas en el ducado de Brabante y alcanzar el eje Lovaina-Bruselas.

2. LAS DOS GUERRAS DE FLANDES EN TIEMPO DEL CARDENAL INFANTE (1635-1641)

La reunión de las dos fuerzas de invasión para atacar juntas respondía a la estrategia presente en el tratado franco-holandés de febrero de 1635. Los invasores pretendían librar a Flandes del domino español con ayuda de la población local: presuponían que las localidades, atemorizadas ante la vista de una gran masa de tropas, se someterían sin oponer resistencia, porque el objetivo de la invasión conjunta no era la conquista del territorio, sino su insurrección. Las provincias debían abrazar el designio de Luis XIII y de la República, que pretendían tomarlas bajo su protección y obrar con su concurso contra los españoles⁴². Pero la presunción, abonada por la contundente victoria de Les Avins, resultó fallida: aunque algunas pequeñas localidades de Brabante próximas a la frontera de Lieja, como Sint-Truiden y Halen, abrieron sus puertas sin aguardar asalto, otras como Tirlemont (Tienen), que ni siquiera era plaza fuerte, resistieron con unos pocos cientos de

Tres Chrestien nous vint ici donner une fascheuse aubade [...] vuelques uns estoient d'avis que le Cardinal Infant l'écouterest comme fit autre fois François I celui de Charles Quint, mais les autres l'emportéront, de peur de se méprendre», RENAUDOT, *Gazettes 1635*, pp. 298-299. Pero en Bruselas se pensó menos en el contencioso hispano-francés de la primera mitad del XVI que en el anglo-francés de finales del XV.

42. El tratado combinaba dos planes de acción, según la postura adoptada por las provincias ante el llamamiento a la sublevación: 1) si era favorable, los invasores se erigirían en protectores y obrarían con su concurso para expulsar a los españoles de Flandes, transformándolas luego en una entidad política independiente e intermedia entre Francia y la República de la que éstas sólo amputarían algunas plazas limítrofes para «guardar sus fronteras»; 2) si no lo era y oponían resistencia, serían conquistadas y repartidas en su integridad entre los dos invasores. Su lógica en ESTEBAN ESTRÍNGANA, «Entre deslealtad dinástica y trama...», pp. 393-395.

soldados respaldados por las milicias ciudadanas y la resistencia privó a los invasores del libre abastecimiento de víveres que habían dado por sentado. Así lo muestra el borrador de una carta de recomendación al rey a favor del capitán español Martín de los Arcos, a quien don Fernando encomendó la defensa de Tirlimont al frente de varias compañías de soldados de naciones. El Infante subrayaba

el valor que mostró en la pérdida de Tirlimont, adonde quedó de mi orden gobernando aquella plaza y la defendió hasta que el enemigo la entró por fuerza y él fue prisionero, con que corrió grande riesgo (tachado: y con haver reducido la villa a términos de que el enemigo la ganase por fuerza, saquease y quemasse, embarazó que se aprovechasse de los víveres que había dentro)⁴³.

Este episodio de Tirlimont — que a comienzos de junio sufrió el atroz pillaje de los dos ejércitos de invasión⁴⁴, así como sus actos sacrílegos, explotados enseguida por la publicística proespañola, tanto en Flandes como en España para concitar adhesión, sobre todo antifrancesa⁴⁵ —, resulta paradigmático porque la imposibilidad generalizada de acceder a los víveres sentenció la gran acometida franco-holandesa de 1635 al fracaso más estrepitoso. Al atacar unidos para infundir pánico a los naturales, los invasores congregaron una fuerza desproporcionada para la que no tenían asegurados los suministros y la imposibilidad de tomar una base logística esencial en Brabante — lo intentaron con Lovaina, pero la llegada de un ejército imperial auxiliar comandado por el conde Octavio Piccolomini les forzó a levantar el asedio a comienzos de julio —, acabó obligándolos a huir en desbandada hacia la parte del Mosa controlada por los holandeses, concretamente hacia Roermond. La huida permitió al Infante retomar la iniciativa ofensiva frente a la República en el área nororiental de las provincias, en torno a los ríos Mosa, Waal y Rin. Allí, arrebató a los holandeses el fuerte de Schenkenschans (el 28 de julio) y, algo más al

43. Don Fernando a Felipe IV, Goch, 11 de agosto de 1635, ARG, SEG, reg. 213, f. 58. Sobre la defensa, con sólo 300 soldados, y caída de Tirlimont, AEDO, *Viage, sucessos y guerras...*, p. 186. La imprevista resistencia de la ciudad en *Mémoires de François de Paule de Clermont, marquis de Montglat* (t. 1: 1635-1644), en *Collection des Mémoires pour servir à l'histoire de France*, t. 49, 1825, p. 83.

44. LESAFFER, R.: «Siege Warfare and the Early Modern Laws of War», en BROERS, E. J.; JACOBS, B. C.; y LESSAFFER, R. (eds.): *Ius Brabanticum, ius commune, ius gentium*. Nimega, 2006, pp. 89-109.

45. VERMEIR, R.: *En estado de guerra. Felipe IV y Flandes, 1629-1648*. Córdoba, 2006, pp. 124-126; ARBLASTER, P.: *From Ghent to Aix: How They Brought the News in the Habsburg Netherlands, 1550-1700*. Leiden-Boston, 2014, pp. 176, 178-179 y 182; VAN DER STEEN, J.: *Memory Wars in the Low Countries, 1566-1700*. Leiden-Boston, 2015, pp. 203-205; TORRES, X.: «Judas Macabeo y la razón de estado en la España del Seiscientos. A propósito de una comedia de Calderón de la Barca», *eHumanista*, 31, 2015, pp. 461-466 y «De Tirlimont a Riudarenes. Política y religión en la crisis hispánica de 1640», *Hispania Sacra*, 69, 139, 2017, pp. 223-225.

sur, las plazas ribereñas del Mosa de Straelen, Valkenburg y Limburgo (que Orange había tomado fácilmente por composición en 1632 al calor de la conjura nobiliaria flamenca) entre agosto y octubre⁴⁶.

Semejante error operacional tuvo consecuencias para la campaña siguiente, porque la fuerza de invasión francesa permaneció en suelo holandés para colaborar en la recuperación del fuerte del Schenk —lograda a finales de abril de 1636—, y sólo después se repatrió a Francia. Durante el mes de junio de 1636, estos efectivos —muy mermados por las deserciones propiciadas por la falta de víveres, la enfermedad y las bajas—, fueron trasladados por mar desde Róterdam hasta Calais, Boulogne y ciertos puertos de Normandía, como Dieppe y Fécamp, quedando luego dispersos por todo el litoral. Esta circunstancia comprometió la acción de Francia en la frontera de los Países Bajos durante ese año, para el que Richelieu había planificado una incursión ofensiva desde Picardía en la vecina provincia de Artois. Según parece, el cardenal reparó enseguida en el desacierto operacional de 1635 y propuso a Orange realizar este ataque de diversión en 1636, convencido de que resultaría más rentable atacar por separado y actuar en partes distantes. Para efectuar la diversión, necesitaba repatriar por mar las tropas francesas que se hallaban en las Provincias Unidas y concentrarlas luego en Picardía, donde debían reforzar los efectivos que se hallaban bajo el mando de su gobernador, el duque de Chaulnes, como paso previo a la invasión de Artois. El retraso que experimentó esa operación marítima comprometió el plan, porque a Luis XIII le resultó imposible reconstituir una fuerza ofensiva de entidad en Picardía antes de finales de julio de 1636⁴⁷. En cualquier caso, este objetivo no quedó reflejado en el tratado franco-holandés renovado a mediados de abril de 1636, cuyas cláusulas no contemplaban ninguna acción ofensiva de Francia en la frontera de Flandes⁴⁸, tal vez en previsión de un posible ataque del emperador —con quien Luis XIII había roto relaciones

46. Esta campaña de 1635 y las sucesivas hasta 1641 en ESTEBAN ESTRÍNGANA, A.: «Olivares y el Cardenal Infante en el gobierno de Flandes: el desafío franco-holandés a la conservación de las provincias entre 1635 y 1641», en ELLIOTT, J. H. y NEGREDO DEL CERRO, F. (eds.): *Memoriales y Cartas del Conde Duque de Olivares*, t. II: *Correspondencia entre el Cardenal Infante y don Gaspar de Guzmán*. En prensa. La síntesis de todas ellas que recogen las siguientes páginas se apoya en este trabajo cuando no se indique otra referencia. En él, se citan las fuentes y la bibliografía pertinentes para cada episodio, aspecto y conclusión formulada aquí para los años 1635-1641.

47. VIGIER, O.: «Une invasion en France sous Louis XIII», *Revue des questions historiques*, 56, 1894, pp. 443-444 y 449.

48. «Liga renovada entre Luis XIII [...] y los Estados Generales de las Provincias Unidas para continuar la guerra contra el Rey Cathólico», La Haya, 16 de abril de 1636, ABREU Y BERTODANO, *Colección de los Tratados...*, III, p. 179, cuyo texto ni siquiera se reproduce porque coincide con el del tratado franco-holandés de 15 de abril de 1634, que comprometía a las Provincias Unidas a «continuar con todas sus fuerzas la guerra» a Felipe IV a cambio de un subsidio para financiarla.

en marzo de 1636, pese a no hacerse pública una declaración de guerra formal de ninguno de los dos —, por la franja oriental del reino. Este ataque comandado por el conde Mateo Galasso se había previsto, aunque no el momento en que se realizaría, porque el emperador prefirió supeditarlo a una doble invasión coordinada de Francia: la de sus propias fuerzas y la de las del Infante, que debía atacarla por el norte al tiempo que Galasso penetraba por el este. Quizá por eso Luis XIII ordenó invadir el vulnerable Franco Condado en mayo, anticipándose a los Habsburgo para tomar su capital, someter con celeridad la totalidad de la provincia y dar un vuelco a las prioridades bélicas de la Casa de Austria respecto a Francia para 1636.

De nuevo, la previsión de Francia resultó fallida, porque Dole resistió el cerco francés con la participación de las milicias ciudadanas. Pero el emperador no encontró prioritario actuar enseguida para defender el Franco Condado y esta circunstancia obligó a don Fernando a aplazar su ofensiva contra la República —ordenada desde Madrid con idea de precipitar un acuerdo con ella que permitiera concentrar recursos de guerra contra Luis XIII—, para invadir Francia en solitario desde Flandes, a sabiendas de que los holandeses iban a obrar a la defensiva ese año por falta de recursos, consumidos en la recuperación del Schenk. La exitosa invasión de Picardía, realizada desde Hainaut a comienzos de julio de 1636, estuvo jalonada por la toma sucesiva de plazas de distinta entidad (La Capelle, Vervins, Bohain-en-Vermandois, Le Catelet, Roye, Bray-sur-Somme, Ribemont-sur-Ancre, Hirson, Corbie y Mailly-Maillet) entre los meses de julio y agosto, y eso colocó a Richelieu en una situación apurada. Por de pronto, los franceses levantaron el sitio de Dole el 19 de agosto, obligados por la incursión en Picardía y por la llegada, muy tardía, de socorros al mando del duque de Lorena y del barón de Lamboy en nombre del emperador. La reacción francesa en el frente de Picardía se produjo a mediados de septiembre y se saldó con la recuperación inicial de Roye y luego con la de Corbie en noviembre, cuando las fuerzas de Galasso —apostadas en la frontera del ducado de Borgoña a finales de octubre con amago de realizar alguna acción ofensiva dentro de Francia—, ya se habían retirado a territorio imperial sin obrar nada.

De lo acaecido en la campaña de 1636 se podía sacar una conclusión: Francia estaba en condiciones de obtener ventaja si las dos ramas Habsburgo no coordinaban esfuerzos ofensivos contra ella, porque el funcionamiento de la alianza entre Luis XIII y la República no acababa de resultar satisfactorio para el rey Borbón. Desde julio, Francia la había presionado vivamente para atacar alguna plaza de entidad en el ducado de Brabante y rebajar, con ello, la presión bélica sobre Picardía, pero Orange no reaccionó. Por eso, el nuevo tratado franco-holandés, concluido a comienzos de septiembre de 1636 con vistas a la campaña siguiente, tampoco comprometió a Francia a operar dentro de Flandes durante 1637. De hecho, ni siquiera definió un objetivo ofensivo claro para la República, que sólo se obligaba a «acometer o incomodar con mayor eficacia a los enemigos por todos los caminos y medios posibles»

a cambio de los habituales subsidios franceses⁴⁹. Pero Richelieu pretendía que el peso ofensivo recayera en mayor medida sobre ella para compensar a Francia por su inactividad de 1636 y también las Provincias Unidas estaban interesadas en obrar algo de consideración que les permitiera obtener alguna ventaja de la ruptura de Luis XIII con Felipe IV, tan anhelada y demandada por ellas antes de 1635. Así, en abril de 1637 la República asumió la iniciativa ofensiva y trató de asediar Hulst, al norte del condado de Flandes. El fracaso de esta tentativa temprana por la eficaz reacción defensiva de las fuerzas del Infante determinó a Richelieu a intervenir en las provincias para distraer al ejército de Flandes desde Picardía mientras Orange acometía otro objetivo militar de entidad. La distracción podía compensar a Francia de dos maneras: indirectamente, si Orange lograba materializarlo, y directamente si don Fernando anteponía la defensa de ese objetivo a contener la incursión francesa con determinación, porque no le sería fácil resistir ambos envites con eficacia si se hacían al unísono.

De esta suerte, el cardenal de la Valette penetró en Hainaut a mediados de junio de 1637 sin una estrategia definida, pero con idea de desquitar a Francia de lo padecido el año anterior, separando su fuerza de choque en tres cuerpos —dos de ellos dirigidos por el duque de Candale y el marqués de La Meilleraye en calidad de lugartenientes generales—, para operar con simultaneidad en puntos no muy distantes, igual que habían hecho exitosamente en Francia las fuerzas de invasión del Infante en 1636 y causar el mayor daño posible. El balance de este daño fue recuperar Hirson, Bohain y La Capelle, dentro de Francia, apoderarse de la plaza fronteriza de Cateau-Cambrésis y rendir Landrecies, que sólo contaba con 300 soldados de guarnición y fue tomada por asalto sin recibir socorro tras resistir una feroz acometida artillera durante casi cuarenta días⁵⁰. Todos los demás enclaves capturados por La Valette dentro de las provincias de Hainaut y Artois, donde también penetró uno de esos cuerpos, fueron recuperados. Aun así, el daño se extendió a la provincia de Luxemburgo; aquí se internó, a finales de julio, una segunda fuerza de choque francesa comandada por el mariscal Châtillon que logró mantener una de sus capturas: Damvillers. La elección operacional franco-holandesa de 1637 se demostró acertada, porque la República también concretó resultados operando por su cuenta; aunque no pudo hacerse con Dunquerque descendiendo por la costa del condado de Flandes, como había ideado, sí atacó el norte del ducado de Brabante y tomó Breda por asedio mientras don Fernando renunciaba a socorrerla para embestir en el Mosa y recuperar las plazas de Venlo y Roermond,

49. *Ibidem*, pp. 185-189, p. 187.

50. Primero de bloqueo y luego de ataque real, entre el 17 de junio y el 23 de julio, día de la capitulación, Mons. de Henin (Jacques de Haynin, señor de Frémicourt y Cornet, maestre de campo de valones y gobernador de la plaza) a don Fernando, Landrecies, 27 de julio de 1637, AGS, E, leg. 2052, 179.

que Orange había capturado en 1632 gracias a la conjura nobiliaria. Así, el balance de la tempestuosa acometida franco-holandesa de 1637 fue menos negativo de lo que pudiera parecer: el Infante perdió cuatro plazas propias, pero recuperó otras dos muy estratégicas para su enfrentamiento con las Provincias Unidas, puesto que Maastricht quedaba aislada por agua.

Si de algo sirvió el desarrollo de la campaña de 1637 fue para demostrar que, en la guerra, «dar ley a los otros» —en el sentido de imprimir a la campaña la dirección que permitía «hacerse dueño» de las operaciones—, dependía de tomar la iniciativa ofensiva y de mantenerla. Francia lo constató este año de modo incontrovertible, aunque tanto Bruselas como La Haya lo habían hecho mucho antes, puesto que las guerras de los Países Bajos ya habían sido dos antes de 1635. En la década de 1590, comprobaron que quien guerreaba simultáneamente con recursos limitados en dos frentes tan próximos estaba condenado a, como mucho, ofender en uno de ellos mientras se defendía en el otro con un grado de eficacia no siempre satisfactorio. De ahí que las Provincias Unidas concretaran entonces progresos territoriales incuestionables que ampliaron su zona de control —haciéndolas menos vulnerables por mejor defendibles—, porque Bruselas (a instancia de Madrid) priorizó la ofensiva en Francia y no la reconquista de suelo rebelde a finales del reinado de Felipe II.

Dado que priorizar un frente sobre otro dependía de una elección estratégica de conveniencia, la doble guerra iniciada en 1635 había vuelto a colocar a Bruselas (y a Madrid) ante la tesitura de priorizar uno de los dos frentes de los Países Bajos. En 1635 Bruselas no tuvo capacidad de elección al enfrentarse a la doble invasión franco-holandesa; en 1636 eligió ofender a Francia obligada por las circunstancias y a sabiendas de que los holandeses no ofenderían; y en 1637 sólo pudo obrar a la defensiva en ambos frentes por la anticipación ofensiva de los dos enemigos, ahora coaligados para lograr sus fines. Esta anticipación concertada por ellos podía frustrar cualquier planteamiento estratégico de tintes ofensivos ideado por Bruselas, condenándola a defenderse en las dos fronteras, como sucedió ese año. Bruselas había podido convencer a Madrid de que convenía ofender a Francia, porque resultaba más vulnerable desde Flandes y porque meter la guerra en suelo francés comprometería las asistencias que Luis XIII remitía a las Provincias Unidas, además de debilitar la posición de Richelieu y la autoridad de la propia corona francesa frente a sus súbditos, muchos de ellos «malcontentos» con la política del cardenal⁵¹. Puesto que defenderse en ambos frentes equivalía a autodestruirse en una guerra de desgaste —en la que no se podrían evitar amputaciones territoriales graduales por pequeñas que fueran, como las padecidas en 1637—, resultaba ineludible adelantarse al enemigo en la acometida de uno de los dos, elegido previamente. En 1638, Bruselas volvió

51. El argumentario completo de Bruselas, transmitido en nombre del Cardenal Infante por don Miguel de Salamanca, se recoge en un escrito dirigido por éste a Olivares, Madrid, 8 de febrero de 1637, AGS, E, leg. 2051, 237, que acabó obteniendo la aprobación del rey.

a apostar por el frente de Francia, condicionada por el deseo de resarcirse de los reverses causados por los franceses el año anterior, y Madrid acabó aceptando cargar de lleno contra ellos, pero sin renunciar a realizar facciones puntuales y sorpresas de plazas contra los holandeses que pudieran impulsar la negociación con la República⁵².

Como es lógico, una cosa era prevenir una estrategia y otra ejecutarla, anticipando la salida en campaña a la de los enemigos para asestarles el primer golpe en el frente priorizado. Ellos también prevenían la suya y, en diciembre de 1637, Francia y la República cerraron un nuevo tratado ofensivo para realizar una invasión conjunta de las provincias de Flandes en 1638, obrando por separado para, de parte holandesa, tomar una plaza de entidad (que resultó ser Amberes) y, de parte francesa, atacar otra de consideración o hacer una diversión de envergadura que obligara al Cardenal Infante «a ocupar mucha parte de sus fuerzas en oponerse a los designios» de Luis XIII⁵³. Los franceses repitieron el paso dado en 1637 y asumieron la iniciativa de invadir las provincias por tres puntos distintos con otros tantos cuerpos de ejército encomendados a los mariscales Châtillon, duque de La Force y marqués de Brézé.

Châtillon fue el primero en entrar en Artois a finales de mayo de 1638 y, pese a ser reforzado por La Force, fracasó en su tentativa de tomar Saint-Omer, que fue eficazmente socorrida; de hecho, el progreso de los tres mariscales se concretó en la toma de la pequeña plaza de Renty, que luego abandonaron, y en la recuperación de Le Catelet, dentro de Francia. Los holandeses también fueron detenidos en torno a Amberes —donde sufrieron una rotunda derrota junto al villaje-fuerte de Kallo, situado sobre un dique próximo a la ciudad—, y a la plaza de Güeldres, en el Mosa, cuyo sitio se vieron obligados a dismantelar. La contestación defensiva del Infante fue sólida en las dos fronteras: mantuvo la reputación de las armas de Felipe IV, pero no concretó ninguna ganancia territorial. Un contratiempo que Bruselas se propuso revertir en 1639, manteniendo la lógica de ofender a Francia antes que a las Provincias Unidas por varias razones: 1) contra éstas resultaba más difícil lograr ganancias; 2) al emperador le afectaba más el desenlace de la guerra que, dentro de los Países Bajos, la Casa de Austria mantenía con Luis XIII que el de la guerra que los Habsburgo de Madrid mantenían con la República y presionaba al Infante para cargar contra Francia; 3) las fuerzas imperiales auxiliares que, desde 1635, campeaban en Flandes a las órdenes de Piccolomini podrían ser llamadas definitivamente al Imperio si no se ofendía a Francia para compensar la pérdida de la plaza alsaciana de Breisach, tomada por Bernardo de Sajonia-Weimar en nombre del rey Borbón a comienzos de diciembre de 1638⁵⁴.

52. «Junta sobre las materias de Flandes», Madrid, 7 de marzo de 1638 y Consejo de Estado, Madrid, 22 de marzo de 1638 y 11 de mayo de 1638, AGS, E, leg. 2053, 72, 80 y 115.

53. ABREU Y BERTODANO, *Colección de los Tratados...*, III, pp. 203-213.

54. Consejo de Estado (CE), Madrid, 27 de febrero de 1639 y 26 de marzo de 1639 sobre papeles y cartas remitidas desde Flandes por Piccolomini, todo en AGS, E, leg. 2054, 30-31 y 53-54.

Ante la certidumbre de que los auxilios imperiales se hallaban condicionados a cargar contra Francia, Madrid no tuvo más remedio que aceptar la subsidiariedad otorgada por Bruselas al frente holandés, si bien recomendó a don Fernando tratar de ofender en los dos en 1639, es decir, no descuidar las acciones ofensivas contra la República, por mínimas que fueran, para facilitar cualquier atisbo de negociación.

De nuevo, estaba por ver si Bruselas podía ejecutar una ofensiva propia, adelantándose a los enemigos, que a finales de marzo de 1639 renovaron su tratado de alianza para frustrar el plan estratégico del Infante mediante una nueva invasión conjunta de las provincias a efectuar en el mes de mayo. Esta vez, concertaron atacar por separado una «plaza de consideración»⁵⁵ y, de nuevo, los franceses formaron tres cuerpos de ejército encomendados al mariscal Châtillon y a los marqueses de La Meilleraye y de Feuquières para invadir las provincias de Artois (desde Picardía) y Luxemburgo (desde Champaña). La Meilleraye asumió la iniciativa y penetró en Artois mediado mayo, mientras Feuquières lo hacía en Luxemburgo a finales de mes. El daño infligido por el primero se concretó en la toma de Hesdin, una plaza que «por sí no es de las de gran importancia» y cuyo «socorro nunca fue practicable sin dar una batalla» y aventurar el ejército, por lo que se desestimó⁵⁶; la toma defraudó las expectativas de los holandeses, porque la plaza no poseía la consideración convenida en el tratado, pero fue muy apreciada por Luis XIII y procuró a La Meilleraye el rango de mariscal de Francia, impuesto en la misma plaza por su rey, que se halló presente en el asalto general. El daño infligido por el segundo fue nulo, porque Feuquières fue incapaz de tomar Thionville, donde recibió una implacable derrota a cargo de Piccolomini, quien de hecho se internó en Champaña para asaltar Mouzon, socorrida por Châtillon antes de entrar en Luxemburgo para arrasar Ivois.

Del lado holandés, el daño fue todavía menor: Orange desistió de apoderarse de Hulst y de Güeldres por la eficaz reacción defensiva del Infante y la República optó por reforzar al almirante Martin Tromp para destruir la Armada de Oquendo, que trasladaba tropas desde la península a los puertos del condado de Flandes. La Armada tuvo que refugiarse en la ensenada inglesa de The Downs y fue prácticamente destruida entre los meses de septiembre y octubre, aunque parte de los efectivos que transportaba pudieron desembarcar en Mardick y Dunquerque para engrosar el ejército de Flandes. Una vez más, al Infante le resultó imposible «dar ley» a las operaciones de guerra, si bien conservó la reputación de las armas de Felipe IV y mantuvo posiciones frente a la República, que no pudo materializar ningún avance terrestre. Pero la campaña de 1639 se cerró con la temida llamada de Piccolomini por el emperador y el anuncio de que su ejército no camparía en Flandes al año siguiente, un contratiempo en absoluto inesperado que reforzó la confianza de los enemigos de causar daños contundentes durante la de 1640.

55. ABREU Y BERTODANO, *Colección de los Tratados...*, III, pp. 277-284.

56. Don Fernando a Felipe IV, Gante, 13 de julio de 1639, BCLM, CL, Mss. Papeles varios, t. III, f. 232r.

Tampoco en esta campaña pudo anticiparse don Fernando en el frente de Francia, como Madrid quería para abreviar la consecución de la paz, consciente de lo mal que las Provincias Unidas habían rentabilizando su alianza con Luis XIII durante los dos últimos años. El tratado ofensivo franco-holandés, renovado a finales de noviembre de 1639, preveía la toma de alguna plaza del condado de Flandes (Damme o Brujas) por parte de Orange y, por la de Francia, la ejecución de una diversión (la toma de otra plaza) no especificada ni prevista todavía a cargo del mariscal La Meilleraye, que también podría dar «una batalla general a los enemigos y aunque la pierda, no dexará Su Majestad [Luis XIII] de tener un poderoso ejército en el país de dichos enemigos»⁵⁷. Los franceses dispusieron dos ejércitos para invadir las provincias: uno con los mariscales Chaules y Châtillon al frente a fin de poder obrar dividido y otro bajo el mando de La Meilleraye. Ambas fuerzas de choque entraron en mayo de 1640 en Artois y Hainaut y, tras seguir trayectorias confusas para elegir un objetivo, acabaron posicionándose ante Arras, la capital de Artois, a mediados de junio para intentar tomarla. Allí fueron reforzados por otros dos contingentes dirigidos por los mariscales du Hallier (François de L'Hôpital, gobernador de Lorena) y Josias de Rantzau, llegados del ducado y de Alemania para asegurar, a los sitiadores, el recibo de los convoyes de víveres procedentes de Francia, interceptado por el Infante durante todo el mes de julio. Entonces les faltaron las provisiones y creció la confianza de los asediados al ver padecer necesidad a sus atacantes, hasta el punto de mostrarse insolentes con ellos y colgar ratas de cartón enfrentadas a gatos, hechos del mismo material, por las murallas de la ciudad. Los franceses no comprendieron el sentido burlesco de las colgaduras hasta capturar unos soldados, supuestamente españoles, salidos de la plaza⁵⁸. Pero la llegada de esos refuerzos no sólo facilitó la ulterior recepción de convoyes a los sitiadores, sino también el fracaso del ataque de las líneas francesas por parte del Infante en la madrugada del 2 de agosto. Aunque hubo intención de lanzar un segundo socorro el día 9, no se pudo efectuar, porque, en el atardecer del día 8, los burgueses, temerosos del asalto, contactaron con los franceses sin el conocimiento de la guarnición para capitular la rendición. Prometieron abrirles una puerta si su gobernador, el irlandés don Eugenio O'Neill, se negaba a entregar la ciudad,

el qual con todos los cavos resistieron todo lo posible procurando templar a los burgueses, pero nada bastó para que dejasen de amenazarlos con dar entrada a

57. ABREU Y BERTODANO, *Colección de los Tratados...*, III, pp. 353-355, p. 354.

58. «Les assiegeans ne surent ce que cela vouloit dire, et ayant fait deux ou trois prisonniers dans une sortie ils leur en demanderent l'explication. Ces prisonniers qui étoient des veritables Espagnols, Nation qui a beaucoup d'esprit, principalement la soldatesque, [...] ayan été conduits au quartier du maréchal de Châtillon, et ce maréchal leur ayant fait la demande que je viens de dire, ils lui répondirent hardiment que [...] quand les Rats mageroient les Chats, les François prendroient Arras», *Mémoires de Mr. D'Artagnan, capitaine lieutenant de la première compagnie des mousquetaires du Roy*. Colonia, 1700, t. 1, pp. 70-71.

los franceses en la villa y juntarse con ellos para degollarlos, con que después de gran diligencia fue fuerza [...] procurarse ajustar lo mejor que pudieron habiendo dicho La Millerai que toda la gente de guerra había de quedar presa, pues los burgueses eran los que habían rendido la villa y no ellos⁵⁹.

Arras acabó capitulando y, cuando su guarnición rendida salió el día 10 de agosto, sobre la puerta de ciudad se podían leer estos versos jocosos: «Quand les François prendront Arras/les Chats seront mangés des Rats»⁶⁰. La anécdota explica la impresión de numerosas estampas y grabados franceses, de corte satírico y caricaturesco, relativas a la «Derrota de los Gatos»⁶¹. La propaganda de autolegitimación francesa debía ser enconadamente antiespañola y se comprende que Francia explotara la rendición de Arras⁶² al ser considerados los franceses «malos atacadores

59. Don Fernando a Felipe IV, Oignies, 16 de agosto de 1640, BCLM, CL, Mss. Papeles varios, t. III, ff. 182v-183r.

60. Recoge la anécdota COMMELIN, I.: *Histoire de la Vie & Actes memorables de Frederic Henry de Nassau*. Ámsterdam, 1656, Parte II, p. 73. También *Mémoires de Montglat*, t. 1, p. 284: «Ainsi cette ville qui faisoit tant la fière, et qui se croyoit imprenable, fut réduite sous l'obéissance de la France, ce qui avoit paru si impossible dans les siècles passés, que cela avoit donné lieu au proverbe qui disoit: 'Quand les Français prendront Arras, les souris mangeront les chats'»; y ADVIELLE, V.: *Le siège d'Arras en 1640 d'après La Gazette du temps*. Arras-París, 1877. Según parece, el dicho se inspiraba en el empleado contra Luis XI durante su ataque a Arras de 1477; entonces se dijo: «Quand le souris mangeront les chats/Le Roi sera seigneur d'Arras», D'HERICOURT, A.: *Les sièges d'Arras. Histoire des expéditions militaires dont cette ville a été theatre*. Arras, 1844, p. 87 y 199.

61. Por ejemplo: *La prise et deffaicte et prise générale des Chats d'Espagne par les Rats françois devant la ville et cité d'Arras (1640)*, Bibliothèque Nationale de France (BnF): ark:/12148/btv1b84035081; y *Arras pris par les François le 10 Aoust 1640*, BnF, ark:/12148/btv1b84035081, donde aparece un gato con cuello de lechugilla mordido por una rata. Estas dos estampas, junto con algunas más relacionadas, las reproduce BERTIÈRE, S.: «La guerre en images: gravures satiriques anti-espagnoles», en MAZOUER, Ch. (ed.): *L'âge d'or de l'influence espagnole: l'Espagne et la France à l'époque d'Anne d'Autriche (1615-1666)*. Mont-de-Marsan, 1991, pp. 169-170 (planches XXII-XXIII), pero no esta otra: *La desfaite des chats. Ce merveilleux combat des chats pris par les rats nous fait voir a quel point la France est invincible pais quelle a rendu vray par la prise d'Arras, ce que nos enemis tenoient pour impossible*, visible en «Gravures relatives à la prise d'Arras en 1640» en la dirección URL: <http://www.archivespasdecalais.fr/gravures-de-la-prise-d-arras.html> (Archives départementales du Pas-de-Calais, 4 J 438/63).

62. Sobre la explotación propagandística de la toma de Arras, pero también de Hesdin y de otras capturas francesas, FORSSBERG, A. M.: *The Story of War. Church and Propagande in France and Sweden, 1610-1710*. Lund, 2016, esp. pp. 71-84. La victoria de Arras se incluyó en «Le Ballet de la Prosperité des Armes de France», encargado por Richelieu y representado en la Corte francesa a comienzos de febrero de 1641 con motivo de los esponsales de su sobrina con el joven duque de Enghien Luis de Borbón, WELCH, E. R.: *A Theater of Diplomacy: International Relations and the Performing Arts in Early Modern France*. Philadelphia, 2017, pp. 82-106. La exégesis de este *ballet de cour* en AZNAR MARTÍNEZ, D.: *Cataluña y el Rey*.

de plazas»⁶³, a diferencia de los holandeses. Es decir, la eficacia de guerra francesa de asedio era cuestionada con cierta razón, como bien había demostrado el fallido asedio francés de Saint-Omer en 1638.

Conviene tener presente también que, en la capitulación de Arras, incidieron los movimientos de Orange, al igual que había sucedido en 1639 con la de Hesdin. Aunque los holandeses tampoco acabaron de concretar ganancias para sí en 1640 —ni en el condado de Flandes ni en torno a las plazas de Güeldres y Gennep, las dos áreas en las que operaron en esta campaña—, sus inquietantes movimientos obligaban a repartir tropas por toda la frontera septentrional para contrarrestar su embestida, orientada a facilitar el progreso de las empresas ofensivas de Francia. Los ataques de Orange, unas veces frustrados y otras meros amagos, divertían tropas que no podían ser empleadas en socorrer a tiempo las plazas que acometían los franceses. Se podría pensar que, después de la pérdida de Breda en 1637, el Infante puso mayor empeño en no perder más plazas propias frente a la República que en contener a Francia, a sabiendas de que, una vez cerradas las líneas de fortificación del asedio de parte holandesa, de nada valía un socorro. De ahí que don Fernando renunciara a intentar socorrer Breda y optara por ganar otras plazas a los holandeses antes de empeñarse en un socorro fallido, puesto que cualquier ganancia podía favorecer la negociación de un posible tratado con las Provincias Unidas. Éstas se habían estancado militarmente entre 1638 y 1640, y su falta de eficacia bélica había llegado a exasperar a Richelieu, siempre temeroso de que las fuerzas francesas se vieran obligadas a levantar sus asedios (Hesdin y Arras en particular) porque Orange no lograba iniciar empresas de entidad. Pero el cardenal puso todo su empeño en renovar el tratado franco-holandés de cara a la campaña de 1641, consciente de que el progreso francés en los Países Bajos dependía de mantener la colaboración bélica de la República. Logró renovarlo en febrero de 1641 con el compromiso mutuo de acometer una «empresa muy considerable» dentro de Flandes y la aclaración de Francia de bien acometer esta empresa, bien «incomodar a los enemigos todo lo más que pueda»⁶⁴.

El esfuerzo bélico de Luis XIII para 1641 se concretó en dos fuerzas de choque, una más fuerte o principal al mando de La Meilleraye para penetrar desde Picardía, y otra de menor entidad al mando de Châtillon para hacerlo desde Champaña. La primera entró en Artois en mayo y emprendió el asedio de Aire-sur-la-Lys y la segunda, inicialmente destinada a operar en Hainaut, tuvo que desviarse a Sedan para saldar cuentas con varios grandes y príncipes de sangre franceses, malcontentos

Representaciones y prácticas de la Majestad durante el cambio de soberanía (1640-1655). Tesis doctoral inédita. Universidad de Barcelona, 2016, Parte I, pp. 80-92.

63. «Descifrado de carta de mano propia del sr. Infante para S. M. en 7 de junio de 1637»; sobre ella un voto de Olivares, Madrid, 1 de julio de 1637, a CE del mismo día, AGS, E, leg. 2052, 122 y 117.

64. ABREU Y BERTODANO, *Colección de los Tratados...*, III, pp. 417-422.

y conjurados contra Richelieu y coaligados con el Infante para lanzar, desde este principado, un ataque de diversión en Champaña. El desvío concluyó con la entera derrota de Châtillon en la batalla de La Marfée a manos de un contingente imperial y de tropas del ejército de Flandes llegadas para socorrerlos. Pero la desarticulación de este ejército francés no evitó la rendición de Aire, que don Fernando no pudo socorrer a tiempo ante los movimientos de los holandeses en torno a Gennepe (que lograron tomar, si bien se trataba de un enclave del duque de Cleves) y a Sas-van-Gent (que no tomaron). El Infante sí puso todo su empeño en recuperar Aire antes de acabar la campaña y, aunque no logró hacerlo personalmente por caer enfermo durante su asedio y morir en noviembre, la plaza fue recuperada a comienzos de diciembre por don Francisco de Melo a expensas de otras menores como La Bassée, Lens y Bapaume (Artois).

El nuevo gobierno ordinario e interino iniciado a la muerte del Cardenal Infante parecía arrancar en peores condiciones que el del hermano del rey, pero esto no era privativo de los frentes de Flandes. De hecho, las pérdidas más sensibles de Felipe IV se hallaban lejos de los Países Bajos, como la Gaceta de Francia se encargó de subrayar cuando recogió la noticia del inopinado fallecimiento del joven gobernador, el 9 de noviembre, aportando la posible causa de su muerte, muy relacionada con la creciente pérdida de capacidad militar de Felipe IV:

Par l'ouverture de son corps, qui avoit esté faite le 10, on ne put trouver autre cause de sa morte qu'une profonde tristesse, concevé vray semblablement par le mauvaise succez des affaires du Roy d'Espagne: lequél, apres la perte non seulement de ses provinces, comme est la Catalogne, mais de ses Royaumes entiers, tels que celuy de Portugal, et d'une grande partie des Indes, ne se trouve pas capable d'empescher la prise par force des principales places de sa frontière⁶⁵.

3. EL DOBLE FRENTES DE FLANDES ENTRE HONNECOURT Y DUNQUERQUE (1642-1646)

La recuperación de Aire procuró a Melo la reputación que necesitaba para afianzar su liderazgo. En esta nueva etapa, el portugués se mostró determinado a restaurar el crédito de las armas de Felipe IV recuperando las tres plazas ganadas por Francia en 1641. Así, adelantó su salida en campaña al mes de abril para anticiparse a los franceses y «llamar las fuerzas de Cataluña», en el sentido de realizar una diversión de envergadura en los Países Bajos que pudiera rebajar la presión padecida por el Principado⁶⁶, adónde Luis XIII tenía previsto desplazarse en la primavera para cumplir con sus obligaciones constitucionales como nuevo conde de Barcelona.

65. RENAUDOT, *Gazettes 1641*. París, 1642, n° ordinario 151 (De Bruselas, 16 de noviembre de 1641), p. 878.

66. CE, Madrid, 11 de abril de 1642, AGS, E, leg. 2057, 33.

A sabiendas de que, en marzo de 1642, Francia y las Provincias Unidas habían renovado su tratado ofensivo en términos casi idénticos a los del año anterior y de que ni Orange ni los ejércitos franceses destacados en Picardía y Champaña (bajo el mando de dos mariscales, los condes de Harcourt y Guiche), se pondrían en marcha antes de mediados de mayo⁶⁷, Melo atacó y rindió Lens en dos días (19 de abril) y luego La Bassée, cuya caída no lograron impedir las fuerzas de Harcourt y Guiche, que se juntaron para socorrerla; de hecho, los mariscales se retiraron sin intentar el socorro y la recuperación se concretó tras dieciocho días de ataque (13 de mayo)⁶⁸. Luego, ambos ejércitos se separaron, porque Melo envió a un gran contingente al mando del barón Jean de Beck (maestre de campo general del frente de Francia) a amenazar Landrecies (Hainaut) mientras él mostraba intención penetrar en Picardía occidental (país del Bolonnois). De ahí que Ghiche se posicionara cerca de Honnecourt-sur-Escaut para defender la Picardía oriental de una posible invasión mientras Harcourt lo hacía junto a Hesdin para hacer lo propio con la occidental. La estratagema concluyó el 29 de mayo con la abrumadora derrota de Guiche en suelo francés y con su huida hacia Le Catelet, que causó pánico en toda la región y obligó a Harcourt a replegarse hacia allí para tranquilizar a la población⁶⁹.

Tras la batalla, Melo se dirigió a Cambrai con idea de recuperar Cateau-Cambrésis o Landrecies, pero juzgó que sería empresa larga y, a comienzos de junio, decidió abandonar el frente de Francia para dirigirse hacia el Mosa y fortificarse cerca de Maastricht, pues Orange, que acababa de ponerse en marcha, podía atacar alguna plaza del norte de Brabante o del propio Mosa, especialmente Roermond, y Melo quería impedirlo dándole a entender que estaba resuelto a sitiar Maastricht. Olivares no reprochó el cambio de frente del portugués, pese a reconocer «por más útil el apretar a la Francia con todo género de tormento»⁷⁰. Con todo, la apuesta de Melo resultó ganadora: desde el 21 de junio Orange permaneció quieto en el Rin, entre Rheimberg y Orsay, mientras Melo se acuartelaba en el Mosa junto a Wessem y visitaba las plazas cercanas a la espera de sus movimientos. El príncipe no se atrevió a tomar una decisión sobre el despliegue de su ejército y, ante la falta de actividad de

67. La Haya, 8 de marzo de 1642, ABREU Y BERTODANO, *Colección de los Tratados...*, IV, pp. 95-101, esp. cláusula VI, pp. 98-100.

68. La capitulación fue enviada a Madrid por Melo ese mismo día y su logro mereció este comentario de Olivares: «no ay merced ninguna que le venga ancha a quien ha obrado como él hasta hoi y en los más apretados estrechos y descauciados frangentes que se ha hallado hombre nacido, pues cree que a todos les sucedió lo que a él de tener por perdidos los estados de Flandes el día que llegó la nueba de la muerte del sr. Infante y se vee que resucitaron con la dirección deste hombre ayudado de Dios», CE, Madrid, 14 de junio de 1642, AGS, E, leg. 2057, 65.

69. *Mémoires de Montglat*, t. 1, pp. 353-354; VINCART, J. A.: «Relación de los progresos de las armas de S. M. Católica [...] de la campaña del año 1642», en *CODOIN*, t. 59, pp. 123-168; PARROTT, *Richelieu's Army...*, pp. 157, 218 y 489.

70. CE, 12 de julio de 1642, AGS, E, leg. 2057, 73 y VINCART, «Relación de los progresos...», pp. 170-171.

parte holandesa, el portugués regresó al frente de Francia para frustrar el designio de Harcourt de amenazar Luxemburgo. El mariscal detuvo su avance hacia el este junto a Rocroi, cuando Melo llegó a la frontera de Hainaut y comenzó a marchar hacia el oeste para reunirse con el barón de Beck cerca de Arras, dando muestras de pasar a la ofensiva en agosto. La campaña se saldó con la entrada de un contingente del ejército de Flandes en el Bolonnois, que tomó varios fuertes y reductos situados entre Gravelinas y Calais sin apenas resistencia. La reacción de Harcourt, que acudió para defender Calais, fue rápida y el mariscal pudo recuperarlos con la misma facilidad y asistido desde el mar por los cañonazos de la armada del almirante Martin Tromp. El colofón lo puso el desmantelamiento de Cateau-Cambrésis, que Luis XIII ordenó arrasarse en octubre justo antes de la invernada⁷¹.

En la campaña de 1642, Bruselas había vuelto a «dar ley» a sus contendientes al imprimir a la guerra una dirección eficaz. De ahí que, en septiembre, don Francisco de Melo solicitara la ida de un archiduque a Flandes para asumir el gobierno general del territorio (Leopoldo Guillermo de Habsburgo, hermano del emperador Fernando III, según estaba previsto entonces⁷²) y, tras admitir que Olivares le había arrojado «a los imposibles de Flandes», se ofrecía a servir al rey en cualquier otro escenario expuesto de la Monarquía («yo valgo para ponerme en qualquiera portillo, de suerte que me atropellen primero que le rompan»), satisfecho de haberse arriesgado a aventurar su suerte y la de las provincias durante ese año, porque «si yo no lo aventuro con la vatalla, es cierto que tendríamos oy todo en mucho mayor peligro»⁷³. Pero la llegada de un príncipe de sangre se demoró algunos años y Melo conservó la dirección de la guerra de Flandes durante las dos campañas siguientes.

La de 1643 —la primera tras las muertes de Richelieu (4 de diciembre de 1642) y de Luis XIII (14 de mayo de 1643)—, resultaba propicia para mejorar posiciones frente a Francia, pese a que la Corona francesa y la República habían vuelto a renovar su tratado ofensivo el 30 de marzo. Los términos del acuerdo eran idénticos a los

71. La clave de por qué la da Vincart: «habiendo con el desmantelar esta plaza hecho buena obra a S. M. en quanto han quitado el embarazo que hacía esta plaza para poder sitiar a Landresi, pero ellos lo han hecho para tener libre y abierto el camino desde Francia hasta dicho [...] Landresi y poder siempre socorrer esta plaza con gente, municiones y víveres caso que viniese a ser sitiada, mostrando en esto que comienzan ya a disponer las cosas de guerra para hacer otra vez guerra ofensiva la campaña venidera», *Ibidem*, pp. 198-199, junto con 172-197 para esta última fase de la campaña; también *Mémoires de Montglat*, t. 1, pp. 354-356; y *Mémoires de Frederic-Henri, Prince d'Orange*. Ámsterdam, 1733, pp. 306-312. La falta de actividad del ejército holandés, desmovilizado en septiembre, en VAN NIMWEGEN, O.: *The Dutch Army and the Military Revolutions, 1588-1688*. Woodbridge, 2006, pp. 266-267.

72. ESTEBAN ESTRÍNGANA, A.: «El 'gobierno de príncipes' en los Países Bajos católicos. La sucesión del Cardenal Infante al frente de las provincias obedientes (1641-1644)», *Annali di Storia moderna e contemporanea*, 7, 2001, pp. 178-180, 183-187 y 201-204.

73. Melo al secretario Pedro de Arce, Del fuerte Rojo (entre Aire y Saint-Omer), 13 de septiembre de 1642, AGS, E, leg. 3006.

del año anterior, que tan ínfimos resultados había deparado a los coaligados⁷⁴, y Melo decidió anticipar otra vez su salida en campaña para invadir Francia a modo de diversión, repitiendo los rentables pasos dados en 1642 y a sabiendas de que el mariscal de La Meilleraye iba a cargar contra el vulnerable Franco Condado. El mando del ejército francés de Picardía fue encomendado al joven duque de Enghien y futuro príncipe de Condé, Luis de Borbón, antes del deceso del rey. Enghien iba asistido por el experimentado mariscal du Hallier y debía colaborar con el mariscal de Guiche, que asumió el mando del ejército posicionado en Champaña. Melo se situó en la frontera de la provincia de Hainaut y penetró en Champaña por Rocroi con el fin de abastecerse de víveres fácilmente desde el Mosa. Se colocó frente a esta plaza el 13 de mayo y su movimiento detuvo el progreso del ejército de La Meilleraye, que recibió orden de dirigirse al frente de los Países Bajos. El portugués confió en tomar Rocroi en pocos días, porque los franceses no pudieron introducir ningún socorro y sus fuerzas, muy dispersas, tardarían en juntarse y en llegar a ella. Pero Enghien acudió al socorro con inusitada diligencia: alcanzó sus alrededores seis días después al frente de una imponente fuerza, nutrida con efectivos sacados de las plazas circunvecinas, que acabó decidiéndose a entrar en batalla, pese al riesgo que conllevaba empeñarse de tal modo en el inicio de una minoría real. Hallier se pronunció a favor de no hacerlo ante el temor a perder el combate, pero Enghien y otros cabos franceses no compartieron su dictamen y la arrojada decisión de pelear se demostró acertada: el choque tardó en decantarse del lado francés, pero Melo fue derrotado y Enghien pudo adquirir reputación de joven promesa militar⁷⁵.

En una relación inédita de la batalla de Rocroi que el III marqués de Velada remitió a su hijo, el marqués de San Román, el 22 de mayo de 1643, cuando se preparaba para viajar a Italia desde Flandes, se puede comprobar hasta qué punto la esperada muerte de Luis XIII había sido considerada en el entorno de Melo al planificar cómo convenía obrar en 1643. Velada —maestre de campo general del ejército contra Holanda en 1641 y general de caballería en 1642—, había sido agraciado con el gobierno de Milán y no participó en la batalla, pero sí en las conversaciones que el portugués mantuvo con sus principales cabos en Lille, antes de dirigirse a Hainaut. Allí, Melo le pidió su parecer sobre cómo disponer el ejército contra Francia. Velada declaró que convenía mantenerlo a la defensiva, si lo permitía el enemigo, porque el inminente fallecimiento del rey Borbón auguraba conflictos domésticos en el reino vecino y convenía aguardar a que prendieran, pues una vez declarados se podría «dar ley», cargando en el frente que más conviniese.

74. ABREU Y BERTODANO, *Colección de los Tratados...*, IV, pp. 247-252, esp. cláusula III, pp. 248-249.

75. *Mémoires de Montglat*, t. 1, pp. 421-425. «La verdadera importancia de Rocroi radicó en que Francia evitó una derrota que podría haber desestabilizado la regencia de Ana y obligado al país a firmar la paz», WILSON, *La Guerra de los Treinta Años...*, vol. 2, pp. 247-248.

Estimome en mucho el parecer y dijo que él juzgava lo mismo y también añadí que si Su ex^a. tenía fuerzas para sitiarse a Arras quando comenzasse algún movimiento en Franzia, no condenaría esta acción, pero que entrar en Franzia siempre sería causa de que los disgustados en ella dejassen sus intentos particulares y se juntassen contra nosotros. Este fue mi voto y tengo entendido que el sr. don Francisco, por llamar las tropas de Franzia que yvan contra la Borgoña, sitio a Rocroy y entró en la Champagna⁷⁶.

Melo ignoró el parecer que sugería mantenerse a la expectativa de los movimientos de Francia, convencido de que sólo adelantándose a ellos podría «dar ley» a la campaña y obrar efectos benéficos para el resto de la Monarquía, especialmente para el Franco Contado, igual que el Cardenal Infante había hecho en 1636. Aunque aventuró su ejército sin necesidad —podía haber desistido de presentar batalla y de tomar Rocroi, es decir, podía haber renunciado a empeñar su fuerza de choque para obtener una nueva gloria personal semejante a la lograda en Honnecourt—, el capricho operacional del portugués consiguió su propósito de apartar a los franceses de esa región vulnerable: el ejército de La Meilleraye, encomendado al marqués de Gêvres mientras el primero regresaba a la Corte francesa, llegó al Mosa para colocarse bajo el mando de Enghien, que le ordenó dirigirse a Luxemburgo para atacar Thionville. La fuerza del joven duque penetró en Hainaut y abatió algunos pequeños enclaves antes de que Melo pudiera recomponer su ejército, pero no pudo cercar Cambrai ni Avesnes-sur-Help y acabó reuniéndose con Gêvres el 18 de junio junto a Thionville, que no fue eficazmente socorrida a causa del ataque lanzado por los holandeses sobre el norte del condado de Flandes y capituló el 10 de agosto.

Una vez más, Francia materializaba una ganancia gracias a la acción de la República, que al conocer el desastre de Rocroi no quiso desaprovechar la ocasión de concretar otra para sí. Orange se puso en campaña a mediados de junio y se dirigió al condado de Flandes, resuelto a atacar, primero Hulst y luego Sas-van-Gent, pero le fue imposible obrar nada porque Melo y sus cabos se volcaron en defender esta área (para proteger el eje Gante-Brujas-Amberes) antes que en socorrer Thionville⁷⁷. De nuevo, la reacción defensiva había sido efectiva dadas las circunstancias: la estrategia de la República seguía en punto puerto. Pero la pérdida de estimación de las armas de Felipe IV era un hecho al concluir la campaña de 1643; en algunas cartas de finales de agosto, Melo había admitido que los flamencos dudaban de si Felipe IV disponía o no de fuerzas para conservar las provincias y, en septiembre, el Consejo de Estado advirtió al monarca del riesgo existente en los Países Bajos «de que los pueblos tomen algún partido, no por infidelidad ni deseo de sustraerse

76. Biblioteca Universitaria de Ginebra (BUG), Colección Edouard Favre (CEF), reg. 39, ff. 277r-282v.

77. *Mémoires de Montglat*, t. 1, pp. 426-428; VINCART, J. A.: «Relación de los sucesos de las armas de S. M. Católica [...] de la campaña del año de 1643», en *CODOIN*, t. 75, pp. 445-457; VAN NIMWEGEN, *The Dutch Army...*, pp. 268-269.

del real imperio de Vuestra Majestad, sino desconfiando de poder ser defendidos y por escusar ser conquistados de Holanda o Francia»⁷⁸.

La desesperación generaba una desafección política que sólo el vigor militar podía neutralizar, pero la propaganda profrancesa se encargó de ponerlo en entredicho de modo explícito por conveniencia propia. Así lo muestra la explotación de la victoria de Rocroi, obtenida en el umbral de un reinado nuevo y por eso magnificada hasta la mitificación por dicha propaganda, tanto la promovida desde el entorno de la Corona francesa por razones dinásticas, como la elaborada en círculos próximos al duque de Enghien y futuro Gran Condé por razones personales⁷⁹; pero engrandecida también por no poca historiografía que asumió sus contenidos de forma acrítica, convirtiendo la victoria francesa en punto de inflexión militar y, en consecuencia, también de inflexión en la lucha de los Habsburgo de Madrid por conservar la hegemonía, si bien su importancia ha sido relativizada ya en su justa medida⁸⁰. Lo muestra, además, una conocida estampa satírica de 1643 (pues en ella se alude a la toma francesa de Thionville), pero relacionada con un panfleto impreso en 1642, titulado *L'Espagne déspojillée* y asociado a la rendición de Perpiñán, la capital del condado del Rosellón⁸¹.

La estampa también lleva por título *L'Espagnol déspojillé* (El español despojado) [Fig. 1] y representa a un español arrodillado, es decir, subyugado por un portugués, un francés, un holandés y un catalán, quienes lo desnudan arrancándole piezas de ropa. Cada una de las piezas es una plaza fuerte o un territorio perdido por Felipe IV a costa de estas naciones: el holandés le arrebató el jubón de Breda (1637); el portugués el sombrero de Portugal (1640); el catalán los pantalones de Cataluña (1641); y el francés la capa de Perpiñán (1642) y de Thionville (1643). El español grita: «Misericordia, he perdido Thionville». Al fondo se ven la ciudadela

78. CE, Zaragoza, 17 de septiembre de 1643, AGS, E, leg. 2059, 143.

79. La victoria sucedió 5 días después de la muerte de Luis XIII. Según se dijo en varios de sus elogios fúnebres, el rey predijo la victoria en su lecho de muerte y se apareció redivivo en el campo de batalla, armado de punto en blanco y montado un brioso corcel, para dar aliento a las tropas y combatir a su lado. Así, el espíritu del rey difunto habría sido el instrumento del que Enghien se sirvió para lograr el primer triunfo militar del rey-niño Luis XIV. La victoria, conseguida por un príncipe de sangre Borbón entre dos reinados, significaba el favor de la Providencia hacia la dinastía y hacia la Corona de Francia, AZNAR MARTÍNEZ, *Cataluña y el Rey...*, Parte I, pp. 110-113 y Parte II, pp. 579-581.

80. FORSSBERG, *The Story of War...*, pp. 78-79; y JIMÉNEZ ESTRELLA, A.: «Pavie (1525) et Rocroi (1643) Impact politique et idéologique de deux batailles contre 'el francés'», en BOLTANSKI, A.; LAGADÉC, Y.; y MERCIER, F. (dirs.): *La bataille. Du fait d'armes au combat idéologique, XIe-XIXe siècle*, 2015, pp. 164-169.

81. Datada, sin embargo, en 1642 en los comentarios de BERTIÈRE, «La guerre en images...», pp. 164 y 166 (Planche XVII) y, asociada al opúsculo referido, también en los de AZNAR MARTÍNEZ, *Cataluña y el Rey...*, Parte I, p. 226. La estampa se conserva en la BnF, Inv. RÉSERVE QB-201 (36)-FOL.

de Perpiñán (rendida a los franceses el 9 de agosto de 1642) y la fortaleza de Salses (rendida por segunda vez el 9 de septiembre de 1642), cuyas pérdidas ponían fin al dominio hispano del Rosellón. El español, progresivamente privado de plazas y territorios —cada vez más descubierto o desprotegido y, en consecuencia, más falto de vigor militar⁸²—, que debe enfrentarse de nuevo a la guerra en 1644 desprovisto de fuerza.

En el frente de los Países Bajos, esta nueva campaña se inició con el telón de fondo del congreso general de paz, abierto en Münster en julio de 1643 para Felipe IV, las Provincias Unidas, Luis XIV y Fernando III. En previsión de la posible tregua y la posible paz que la República y Francia podían negociar allí con Madrid, se renovó el consabido tratado ofensivo franco-holandés el 29 de febrero de 1644. Por él, los dos aliados se comprometían a atacar una plaza de consideración y los franceses a realizar una diversión de envergadura que permitiera a Orange «más fácilmente lograr un feliz suceso de la empresa que intentare», con el fin de cooperar a la mejora de la posición de la República en la negociación. De ahí que ésta se obligara a colocar 30 navíos de guerra frente a Calais para facilitar a Francia el sitio de una plaza costera del condado de Flandes, que sería bloqueada por mar por los holandeses, dispuestos además a escoltar los barcos de víveres llegados de Francia o las Provincias Unidas por la costa hasta los sitiadores⁸³. Las dos partes acordaban no concluir ningún concierto con Felipe IV por separado —sin mutuo consentimiento—, y con fecha de 1 de marzo ajustaron el pacto expreso de no restituir al monarca nada de lo conquistado hasta entonces y de ejecutar ciertos artículos presentes en su tratado de doble invasión de 1635, si una vez cerrados dichos conciertos Francia o las Provincias Unidas eran invadidas por algún miembro de la Casa de Austria⁸⁴, lo que comportaba «mover guerra contra Felipe IV» hasta «la total expulsión de los españoles fuera de los Países Bajos»⁸⁵.

82. En la cartela superior derecha de la estampa se lee: *L'Espagnol déspouillé de force et de vertu* (El español despojado de fuerza y de vigor)/*N'est plus rien qu'apparence et que rodomontade* (Ya no es más que apariencia y baladronada)/*Sa faiblesse est visible, il vient d'estre battu* (Su debilidad es visible, acaba de ser vencido)/*Par un Roi se jouant et par un bras malade* (Por un Rey sin dificultad y por un brazo enfermo), en alusión a Luis XIII, enfermo bastantes meses antes de morir en 1643). La traducción es mía.

83. ABREU Y BERTODANO, *Colección de los Tratados...*, IV, pp. 427-430. Estas condiciones relativas al bloqueo y escolta de la Armada holandesa no eran nuevas. Estaban presentes, con diferente grado de concreción, en los tratados ajustados para las campañas de 1639 y 1641, Parte III, pp. 283-284 (una declaración de mayo de 1639 que se añadió al tratado concluido en marzo de este año) y pp. 417-422 (el concluido en febrero de 1641).

84. Es decir, si los Habsburgo violaban los conciertos, *Ibidem*, Parte IV, pp. 431-437 para el pacto y 420-423 y 437-440 para la lógica de la complicidad de las dos partes aliadas en la negociación de los conciertos con Felipe IV.

85. Se refiere a los artículos VI, IX y X de dicho tratado de 1635 en *Ibidem*, Parte III, pp. 13-14 y 16-17.

Melo remitió a Madrid los detalles de esta alianza franco-holandesa de 1644 en una carta de 16 de febrero, admitiendo que los indicios de desear la tregua, mostrados por los holandeses desde hacía algún tiempo, se habían desvanecido:

Aora lleva la corriente general los ánimos, viéndonos tan faltos de asistencias, disposiciones y de vigor, a que ya no quieren la tregua, volviendo a sus conceptos antiguos de que mientras no hechan los españoles y extrangeros del País Vajo no puede ser asegurada [la tregua] y penetrando tan de cerca nuestra divilidad, la coyuntura, disposición y desconfianza general se ençienden, de suerte que piensan tragarnos y ya no quieren partido ni los franzesses entrar en la restitución⁸⁶.

A ojos de Madrid, no se podía hacer otra cosa que resistir y si Felipe IV salía de 1644 sin pérdidas considerables, la negociación habría de ser mejor recibida por unos y otros. De ahí que conviniera posponer el relevo de Melo, previsto para los meses siguientes, hasta finalizar la campaña, porque el portugués «no se ahoga en poco agua ni aun en mucha y estas mudanzas [de gobierno] [...] se hizieran mejor por noviembre que por abril»⁸⁷.

Del lado francés, la estrategia diseñada en el entorno del cardenal Mazarino, previó la movilización de una gran fuerza bajo el mando supremo del tío del rey, el duque Gastón de Orleans, quien llevó consigo a los mariscales La Meilleraie y conde de Gassion para operar con tres cuerpos de ejército que, en mayo, penetraron en Artois por diferentes puntos, dando muestras de querer atacar Gravelinas, Saint-Omer o Cambrai. Pero acabaron juntándose los tres en torno a la primera plaza —fronteriza con Francia y estratégicamente situada entre Calais y Dunquerque en el litoral del condado de Flandes—, cuyo asedio iniciaron la segunda semana de junio tras la toma de varios fuertes de los alrededores. Mientras, Orange desembarcaba en el norte de este condado, lo que imposibilitó un socorro de entidad para Gravelinas, con la vista también puesta en asegurar las cercanas plazas de Bourbourg y Mardick para evitar un desastre mayor. La vigorosa defensa de los asediados, mencionada por las relaciones francesas, se mantuvo hasta finales de julio, pero el día 20 Melo ya daba la plaza por perdida, admitiendo en una carta al rey que se había puesto más

86. Melo a Felipe IV, Bruselas, 16 de febrero de 1644, vista en CE, Madrid, 19 de marzo de 1644, AGS, E, leg. 3860.

87. La consulta citada en la nota anterior. En estas fechas estaba previsto que el marqués de Castel Rodrigo (embajador en Viena) y Piccolomini se trasladaran enseguida a Flandes para asumir la lugartenencia política (el primero) del futuro gobernador de sangre real y el gobierno de las armas (el segundo) sin ninguna supeditación entre sí. La idea era encomendar la gobernación general del territorio en propiedad a don Juan José de Austria, candidato que había acabado desplazando al inicial, el archiduque Leopoldo Guillermo, ESTEBAN ESTRÍNGANA, «El 'gobierno de príncipes'...», pp. 204-211.

empeño en resistir la embestida holandesa y el designio de Orange, centrado en llegar a Brujas para luego descender desde allí por la costa de Flandes hasta Gravelinas.

La villa [Gravelinas] se defiende con valor y haviendola proveydo tan vien de oficiales y lo demás necessario nos aseguran que, entre heridos y muertos, llegan a 5.000 hombres los que les faltan a los enemigos sin los huidos y enfermos, llamándola sepoltura de françes, pero como están dentro de Francia y se hazen tantos esfuerzos, nada basta⁸⁸.

Melo ponía de manifiesto la necesaria cooperación de los holandeses para concretar el progreso francés y también la desconveniencia que este avance —la creciente vecindad de Francia, que era la única que concretaba ganancias desde 1638—, conllevaba para las Provincias Unidas, menos proclives que Orange a satisfacer el reclamo francés de sostener la ofensiva con determinación. Gravelinas capituló el 28 de julio tras recibir varios asaltos, aunque sin aguardar al asalto general y, en efecto, Orange no pudo obrar nada hasta entonces, cuando las defensas españolas retrocedieron a fin de proteger Brujas y evitar que los holandeses desembarcaran en la plaza costera aldeaña de Blankenberge para luego «darse la mano» con los franceses y poner en peligro Dunquerque y Mardick, que convenía preservar a toda costa. Sólo así pudo Orange iniciar exitosamente el asedio del fuerte de Sas-van-Gent, situado en el canal que conducía a Gante: se rindió el 27 de agosto sin recibir un socorro eficaz por el imperativo de neutralizar las correrías que los franceses comenzaron a realizar por el condado de Flandes hasta las cercanías de Ypres⁸⁹. Así, la campaña de 1644 concluyó con un balance más negativo del esperado, debido a la pérdida de un enclave en cada frente y también al hecho de que la República hubiera realizado una ganancia para sí, algo inusual desde la toma de Breda en 1637.

Este resultado no era el más idóneo de cara al inicio de las negociaciones de Münster, operativas desde 1645. De ahí que la República aplazara el envío de sus embajadores hasta la primera semana de enero de 1646, empeñada en comprobar primero qué le deparaba la campaña de 1645. Con vistas a ella, el 10 de marzo se renovó el tratado ofensivo franco-holandés en condiciones idénticas al anterior

88. Melo a Felipe IV, Del campo de Saint-Winoc, 20 de julio de 1644, AGS, E, leg. 2061, 294.

89. La fecha de la rendición y la salida de la guarnición al día siguiente, 28 de agosto, en VINCART, J. A.: *Relations des campagnes de 1644 et 1646*. Bruselas, 1869, pp. 130 y 132; pero la capitulación de su gobernador figura ajustada el 7 de septiembre en ABREU Y BERTODANO, *Colección de los Tratados...*, IV, pp. 499-500; para la visión francesa de la campaña, *Mémoires de Montglat*, t. 1, pp. 444-451; la holandesa en VAN NIMWEGEN, *The Dutch Army...*, pp. 270-272, donde se menciona el 5 de septiembre como fecha en la que los sitiados de Sas solicitaron capitular.

de 1644⁹⁰. Francia movilizó otra gran fuerza de choque al mando del duque de Orleans, asistido por los mariscales Gassion y Rantzau, que penetró en el condado de Flandes a comienzos de junio y eligió como objetivo el fuerte de Mardick, emplazado entre Gravelinas y Dunquerque y clave porque defendía el único lugar de la costa de Flandes donde los grandes bajeles podían fondear con seguridad hasta las Provincias Unidas. Fue rendido el 10 de julio con la inestimable ayuda marítima del almirante Martin Tromp y su captura le valió a Rantzau el rango de mariscal de Francia. Seguidamente, los franceses se apoderaron de Bourbourg el 11 de agosto y desistieron de avanzar hacia Dunquerque, porque los responsables del gobierno de Bruselas —el marqués de Castel Rodrigo, como nuevo gobernador general interino, y el ya duque de Amalfi, Octavio Piccolomini, como gobernador de armas, que habían relevado a Melo a finales de septiembre de 1644 a la espera de un príncipe de sangre—, pusieron todo su empeño en defender este puerto fortificando plazas circundantes, como Bergues Saint-Winoc y Furnes (Veurne). De ahí que los franceses tomaran un itinerario contrario y avanzaran por separado hacia el interior del condado de Flandes, donde tomaron la villa de Cassel, al noreste de Saint-Omer, para luego llegar al río Lys y apoderarse de pequeños burgos ribereños, como Saint-Venant, Merville y Estaires. Este derrotero convenció a Castel Rodrigo y a Amalfi de que Orleans iba a penetrar en el corazón de las provincias y optaron por guarnecer las grandes villas que los franceses tenían por delante, dejando algo desguarnecidas las que dejaban atrás. Ante esta respuesta, los franceses volvieron sobre sus pasos y entraron en Artois para embestir Béthune a finales de agosto, intimidando a una población que apenas contaba con defensa profesional y que se rindió sin oponer resistencia. Obrando también por separado, hicieron lo propio con Lillers y La Mothe-aux-Bois antes de colocarse, en la segunda semana de septiembre, ante Armentières, una ciudad grande y poco fortificada de la castellanía de Lille situada en el Lys que también se rindió sin resistencia junto con otros enclaves ribereños próximos, como Warneton, Comines y Menen.

El progreso francés tenía mucho que ver con el imperativo de lograr una defensa sólida frente a los holandeses en este mismo mes de septiembre⁹¹. Los movimientos de las fuerzas de la República habían sido algo dubitativos hasta entonces. Orange, empeñado en atacar Amberes, había renunciado a este objetivo porque concretarlo exigía bloquear las bocas del Escalda desde el lado del condado de Flandes y desde el del ducado de Brabante con dos ejércitos que obraran por separado y un ingente

90. Se alude a esta renovación, admitiendo que el tratado no se reproduce en el corpus por ser idéntico al precedente, en DU MONT, J.: *Corps universel diplomatique du droit des gens, contenant un recueil des traitez [...] qui ont été faits en Europe [...]*. Ámsterdam-La Haya, 1728, t. VI, Parte I, p. 294. Esta alusión no la incluye Abreu y Bertodano en su corpus diplomático.

91. *Mémoires de Montglat* (t. 2: 1645-1655). París, 1826, pp. 12-18 y VINCART, J. A.: «Relación de la campaña de Flandes de 1645», *CODOIN*, t. 67, Madrid, 1877, pp. 459-586.

coste que los Estados Generales de La Haya no aceptaron asumir. Otra alternativa más realista era, desde Sas-van-Gent, intentar asaltar bien Gante, para llegar hasta Brujas, bien Hulst. Así que los holandeses se pusieron en marcha sin tener muy clara su línea de acción. A comienzos de junio, una avanzadilla desembarcó en el norte del condado, junto al fuerte de Philippine, mientras Orange daba muestras de querer hacerlo en la misma boca del Escalda, cerca de Doel, confiando en que se reforzara la defensa de Amberes a costa de rebajar la de los canales que, desde Sas, conducían a Gante y a Brujas. Pero Orange también desembarcó en Philippine semanas después y sus fuerzas se dirigieron hacia Sas-van-Gent con dudas sobre si convenía avanzar hacia Gante o dirigirse a Hulst, porque la reacción defensiva era sólida en ambos lados. De ahí que los holandeses se mantuvieran inactivos durante semanas y, a finales de septiembre, optaran por dirigirse a Gante, donde nada pudieron obrar, pese a que Gassion y Rantzau ascendieron *motu proprio* hasta el canal que unía Gante y Brujas para allanar el camino a Orange. La República desconfió de este inopinado movimiento, creyendo que Francia había puesto sus ojos en Brujas y estaba interesada en controlar también el núcleo del condado de Flandes. La desconfianza comprometió la cooperación militar y, dado que no pareció posible lograr nada en el área sin respaldo francés, Hulst resultó ser la alternativa más conveniente y realista. De ahí que Orange abandonara la zona para colocarse ante Hulst a comienzos de octubre mientras los franceses retrocedían a sus posiciones. Hulst se rindió el 3 de noviembre y durante su asedio los franceses se apoderaron de otros enclaves menores en Artois y en las castellanías de Lille-Douai-Orchies: Pont-à-Vendin, Lens, Orchies, Lécuse y Arleux. Pero la campaña se cerró con la recuperación por sorpresa de Cassel y Mardick, el objetivo estrella del lado francés, a comienzos de diciembre⁹².

Pese a esta reacción ofensiva de última hora, 1645 concluyó con un balance muy negativo, sobre todo para el frente de Francia. En el Consejo de Estado de Madrid se admitió, en noviembre y antes de conocerla, que las provincias estaban en enorme aprieto y cerca de perderse. El voto del marqués de Santa Cruz resulta ilustrativo del sentir de los consejeros al saber que los holandeses habían asediado Hulst; tras manifestar su temor de pérdida total del territorio para la campaña venidera, expresó lo siguiente:

V.M. bien conoze si se pierde Flandes cuál quedará lo de España, desembarzados los franceses de aquella guerra en que ocupan tanta gente y dinero, y las Indias, señor, correrán grandíssimo riesgo, porque teniendo V.M. perdido a Portugal y a Cataluña, no puede V.M. hallarse con gente ni dinero para acudir a tantas partes. El duque de Amalfi [...] habla en si sería mejor perder aquellas provincias poco a poco como se va haziendo o dar una batalla en que se podrían perder en un día. El

92. *Ibidem*; y VAN NIMWEGEN, *The Dutch Army...*, pp. 272-278.

perderlas poco a poco no puede dar esperanza de combalezer de la enfermedad y si bien la regla de estado es que el que defiende provincia no dé batalla, quando las cosas están tan perdidas bien se podría arbitrar en esto mandando V.M. al marqués de Castel Rodrigo y al duque de Amalfi que conforme a las ocurrencias tomen resolución en este punto de tan grande importancia⁹³.

El experimentado Piccolomini, que había vivido mejores campañas en Flandes entre 1635 y 1639, asistía, con amargura, a la creciente impotencia de las armas del rey, cada vez más debilitadas por falta de hombres y medios financieros al ser éstos racionados por tantos frentes que se influían y «eslabonaban» unos con otros, según reconoció en su votó el conde de Chinchón. No sorprende, por eso, que la propaganda profrancesa explotara el resultado de la campaña de 1645 considerando también la victoria obtenida por Francia en el frente de Cataluña, donde sus fuerzas habían tomado la estratégica plaza marítima de Rosas (Gerona) a finales de mayo.

La conocida estampa caricaturesca *L'Espagnol sans coeur*⁹⁴ [Fig. 2], impresa este año, muestra bien la lógica que le interesaba explotar. Representa a un español sentado que es sometido a una exploración anatómica por parte de un catalán, un portugués, un holandés y un sueco, a la vista de un francés y de un flamenco. Los cuatro primeros buscan el corazón (la víscera u órgano que actúa como motor anatómico del cuerpo, como fuente de energía imprescindible para la vida y la existencia). El *Trésor de la langue française*⁹⁵ define el vocablo francés «courage» como una disposición del corazón: una cualidad o fuerza de ánimo que se manifiesta instintivamente ante, por ejemplo, peligros materiales y permite luchar contra ellos. Así, los seis personajes tipos nacionales dicen una frase que, en cartela, se asocia a una reflexión aclaratoria más extensa. El holandés, que hurga en el pecho con un punzón, dice: «Le cœur n'est pas en sa place», «ton costé m'est ouvert mais je ne le puis voir» y «ha je demeuré icy le plus confus du monde». El francés indica: «Au talon, au talon, où vous trouverez son coeur» y «le coeur tant cherché descends au talon», para mostrar el estado abatido en que se encuentra junto al suelo. El español admite: «Je suis perdu, le français m'a decouvert»; el francés ha descubierto «un secret qui me met en dérouté». El flamenco sentencia: «Je te quitte puis que le cœur t'a quitté» e «Il [el español] m'a laissé cent fois au milieu du danger, mais puis qu'à tous moments ce poltron m'abandonne, le français chasse ce lâche [cobarde, gallina o miedoso] et vient me protéger».

93. CE, Madrid, 10 de noviembre de 1645, AGS, E, leg. 2063, 241.

94. La reproduce, con el correspondiente comentario, BERTIÈRE, S.: «La guerre en images...», pp. 165-166 y 168 (Planche XVIII). Está en la BnF, Inv. RESERVE QB-201 (38)-FOL.

95. <http://www.cnrtl.fr/definition/courage>, consultable en Lexicologos, dirección URL: http://www.lexilogos.com/frances_lengua_diccionario.htm

El mensaje que se pretende transmitir es claro, sin necesidad de tratar aquí lo que dicen los restantes personajes: los Habsburgo de Madrid carecen de fuerza y de capacidad de resistencia. Ha sido Francia (no las Provincias Unidas) quien lo ha descubierto al ofenderlos y por eso manifiesta a todos que es el momento de abandonar la alianza española y abrazar la francesa. Si entendemos hegemonía como capacidad de ejercer un papel político y militarmente dominante y como capacidad de generar lealtades, Francia subraya que, una vez perdido el crédito militar, la reputación de poder de Felipe IV se ha desvanecido: ya no dispone del activo que despierta la confianza de los aliados-adherentes y de los súbditos, aquél que proporciona fortaleza porque es capaz de movilizar apoyos sólidos y, justo por eso, de evitar o suspender la competición con los rivales. La confianza es un valor pasado para la desfalleciente Monarquía de España, de ahí que ya no sea necesario conservar la relación con ella. Francia revela a todos que es el momento de desconfiar de sus capacidades y de abandonarla para sobrevivir, porque puede ser abatida por ella con facilidad.

Este mensaje —la Corona francesa es el único rival competente de los Habsburgo de Madrid y está a punto de derrocarlos—, resultaba amenazador para la República: la experiencia de la campaña de 1645 demostraba que los franceses podían llegar al corazón del condado de Flandes y adquirir posiciones de vecindad con las Provincias Unidas, si no eran contenidos. De ahí que conviniera zanjar un acuerdo de tregua con Felipe IV lo antes posible y comprobar si dicho acuerdo favorecía la paz hispano-francesa o, en su defecto, permitía a Felipe IV contener a los franceses en la frontera de los Países Bajos. Así, la delegación holandesa se trasladó a Münster la primera semana de enero de 1646 sin que quedara claro si las fuerzas de la República camppearían o no ese año. Entonces entró en juego otro precipitante: un rumor esparcido en Münster en 1645, que alcanzó enorme calado en las Provincias Unidas entre enero y febrero de 1646. Se decía que, a petición de Francia, París y Madrid mantenían negociaciones secretas sobre el posible matrimonio de Luis XIV y la infanta María Teresa, que llevaría las provincias obedientes en dote a cambio de Cataluña⁹⁶. Que la República otorgara credibilidad al rumor convenía a la delegación española para introducir división entre la francesa y la holandesa, pero también para persuadir a los Estados Generales de La Haya de que los españoles eran vecinos

96. O los Países Bajos, sin especificar si sólo los que aún reconocían la autoridad de Felipe IV o todo el Círculo de Borgoña considerándolo una unidad jurídica, como temieron muchos holandeses, VAN NIMWEGEN, *The Dutch Army...*, p. 279 y MANZANO BAENA, L.: «Diplomaten und Pamphletisten. Die Debatten um eine mögliche Vermählung der Infantin Maria Theresia mit Ludwig XIV. in Archiv- und Druckquellen (1644-1648)», en JÜRGENS, H. P. y WELLER, Th. (eds.): *Streitkultur und Öffentlichkeit im konfessionellen Zeitalter*, 2013, pp. 277-296; SONNINO, P.: *Mazarin's Quest: The Congress of Westphalia and the Coming of the Fronde*. Cambridge (MA)-Londres, 2008, pp. 53-59, 71-77 y 89.

mucho más deseables que los franceses, cada vez más expansivos, y de que conservar su vecindad dependía de pacificarse pronto con ellos⁹⁷.

La desconfianza hacia Francia fue tal que Orange, ayudado por la diputación de Holanda en los Estados, apremió al embajador de la República en París a instar a Mazarino a clarificar la postura francesa renovando enseguida el habitual tratado ofensivo franco-holandés para refutar el rumor. Fue así como, el 6 de abril de 1646, se ajustó su renovación en términos casi idénticos a los concluidos en 1645, constatándose con ello el compromiso de Francia de «reduplicar esfuerzos» contra los españoles y la sospecha de la República de que su posición negociadora se debilitaría si no contaba con un potente ejército en campaña. Aunque las plazas a sitiar de una y otra parte no se mencionan en el articulado, Orange pretendía atacar Amberes y Francia Dunquerque con respaldo naval holandés. Según parece, Francia se ofreció a facilitar la toma de Amberes, muy apreciada por la República, con esta diversión que atraería la mayor parte de las tropas de Felipe IV al litoral del condado de Flandes, pero exigió que, tras la incorporación de la plaza a las Provincias Unidas, habría de permitirse en ella el culto público católico por haber contribuido a su recuperación la Corona francesa. Esta cuestión acabó frustrando la estrategia diseñada por ambas partes y centró la atención de la República en la plaza de Brujas⁹⁸.

Del lado francés, en 1646 la fuerza de choque se organizó en dos cuerpos de ejército, uno reunido en Picardía (al mando del duque de Orleans, con los mariscales Gassion y Rantzau) para invadir el condado de Flandes y otro en Champaña (al de Enghien, con el mariscal duque de Gramont) para invadir Hainaut. Los dos entraron en las provincias entre mayo y junio, el primero por Arras con el propósito de tomar Courtrai, y el segundo por Landrecies para atacar Avesnes-sur-Help. Ante la buena organización inicial de las defensas dentro del condado, Enghien recibió orden de unirse a Orleans para asediar Courtrai, que tomaron juntos a finales de junio. Entonces entraron en escena los holandeses. Orange desembarcó en el fuerte de Phillipine a comienzos de julio y desplegó sus tropas en torno a Sas-van-Gent antes de ordenar a una parte avanzar hacia el oeste en dirección a Brujas para sorprender a los cabos del ejército de Flandes, que habían invertido recursos y tropas en reforzar las defensas de Amberes. Ese contingente holandés se posicionó en Maldegem,

97. Como es lógico, también convenía a Francia que las provincias obedientes de Flandes dieran credibilidad al rumor, a efectos de predisponerlas a aceptar su traspaso a la Corona francesa para dar fin a la guerra sin temor alguno en materia confesional; de hecho, los libelos impresos en 1645 que trataban el asunto son de autoría francesa, atribuida a los miembros de la delegación de Francia en Münster, BOADAS, S.: *Locuras de Europa. Diego Saavedra Fajardo y la Guerra de los Treinta Años*. Madrid, 2016, pp. 47-52.

98. VAN NIMWEGEN, *The Dutch Army...*, pp. 280-281 y ABREU Y BERTODANO, *Colección de los Tratados...*, IV, pp. 582-588. El 13 de mayo de 1646, Francia acordó incluso una ampliación del acostumbrado subsidio de 1.200.000 florines a la República para sostener los gastos de la campaña, pp. 598-599. Algo que, según parece, ya había ofrecido en 1645, según Van Nimwegen (p. 274).

a menos de 20 km al este de Brujas, mientras otro francés se acercaba a la ciudad desde el sur (por Loppem y Oostkamp). Los cabos responsables de ambas fuerzas se entrevistaron en un punto intermedio (probablemente Moerbrugge, en el canal que unía Brujas con Gante) y sus efectivos no acabaron de juntarse para cooperar por la desconfianza holandesa de ver los ejércitos de Francia tan próximos a su área de control, como había sucedido el año anterior. Así, los holandeses se replegaron a las inmediaciones de Sas-van-Gent mientras los franceses lo hacían hacia Courtrai. Se pensó que, desde allí, éstos iban a atacar Oudenaarde, pero acabaron dirigiéndose hacia la costa de Flandes por Ypres y Poperinge: a finales de julio, toda la fuerza francesa estaba posicionada entre Bergues Saint-Winoc y Hondshoote para hacerse con Dunquerque, que no capituló hasta el 10 de octubre. Pero hasta entonces también concretó otras ganancias en sus alrededores; primero, tomó Bergues y luego retomó Mardick (inicios y finales de agosto), momento en el que Orleans regresó a la Corte y Enghien quedó como responsable máximo de las operaciones, rindiendo Furnes (Veurne) en la primera semana de septiembre y un mes después Dunquerque, que no pudo ser socorrida con éxito. Orange, por su parte, se posicionó a finales de julio con sus fuerzas al este de Sas-van-Gent, en Lokeren (a poco más de 30 km al oeste de Amberes) y permaneció allí durante semanas. En apariencia, se planteó atacar la vecina Dendermonde, pero enfermó y, una vez recuperado, optó por no facilitar el progreso francés en la costa de Flandes con una empresa de diversión en el área. Así, la última operación de la República se efectuó lejos, en el Mosa (donde las defensas eran entonces más frágiles), pero fue incapaz de tomar Venlo, cuyo asedio tuvo que levantar a finales de octubre⁹⁹.

Aunque la campaña de 1646 se cerró con la recuperación, en noviembre, de algunos castillos capturados por los franceses ese año en los alrededores de Courtrai (como los de Lannoy e Ingelmunster), la sensación de impotencia que vivieron los responsables del ejército de Flandes fue muy grande. En septiembre, poco después de la pérdida de Furnes, el marqués de Caracena (maestre de campo general del ejército contra Francia) le comentó al marqués de Castel Rodrigo que «si de España no embiaren dinero para todo lo que es menester, decirles que es mejor entregar a Flandes a los enemigos y cobrar a Portugal y Cataluña», porque «perder lo uno un año más o menos y quedar sin lo otro» carecía de sentido práctico¹⁰⁰. La falta de medios impedía al ejército de Flandes «dar ley para obrar» durante cada campaña en un doble frente, porque las acciones ofensivas de los enemigos obligaban a asegurar plazas, minorando aún más la dotación de las fuerzas móviles, que luego no podían realizar socorros eficaces ni reaccionar ofensivamente por falta de efectivos. Aunque en Cataluña los sucesos parecían evolucionar a favor de los intereses de Felipe IV

99. *Mémoires de Montglat*, t. 2, pp. 32-44; VINCART, J. A.: *Relations des campagnes de 1644 et 1646*, pp. 8-242 (segunda paginación para 1646).

100. Caracena a Castel Rodrigo, Nieuwpoort, 7 de septiembre de 1646, AGS, E, leg. 2066, 138.

— en noviembre, los franceses recibieron una severa derrota frente a Lérida, socorrida por el marqués de Leganés —, en los Países Bajos apuntaban de forma distinta, pese a que las negociaciones bilaterales mantenidas en Münster con la República iban en muy buena dirección desde el mes de mayo de 1646: se orientaban ya al acuerdo de una paz definitiva y no de una mera tregua, como apuntaron los tratos iniciales mantenidos entre febrero y mayo.

4. CONCLUSIÓN: À LA FLANDRE DÉMEMBRÉE

La estampa, muy poco conocida, que da título a este epígrafe final fue impresa en 1646 [Fig. 3]¹⁰¹ y anuncia la inminente desmembración o mutilación del «Flandes español». En la parte superior presenta tres cartelas aclaratorias de su significado. En la central figuran estos versos: «Pauvre Flandre, pauvre lion/Il faut que ton ambition/Se rende à nostre force extremes/La France te presse le cœur/Pour en faire malgré toy mesme/Sortir l'injuste possesseur»¹⁰². Evocan la presión que Francia ha ejercido sobre el sur del condado de Flandes durante las campañas posteriores a la batalla de Rocroi, como clarifican las cartelas situadas a izquierda y derecha. La de la izquierda contiene una alabanza del duque Gastón de Orleans, «gran prince dont l'ardeur se pique d'abatre le Lion Belgique et conquerir le País Bas», que había dirigido la toma de Gravelinas en 1644, la de Mardick en 1645 (luego perdida) y las de Bergues-Saint-Winoc, Mardick y Courtrai en 1646. La cartela de la derecha, por su parte, ensalza al duque de Enghien (príncipe de Condé desde diciembre de 1646), que había conquistado Furnes y Dunquerque en 1646. «Para la historia de tus hermosas hazañas, continúas tu conquista. Pon este león bajo tus leyes, por el cuerpo y por la cabeza [...] Adelante sin demora. Mete tus manos en este hermoso guante» (la traducción es mía). Aunque Enghien no pudo meter su mano en el guante de Flandes en 1647, porque fue designado virrey de Cataluña, el sentido que se otorga al deseo-mandato de poner al Leo Belgicus bajo su ley parece coincidir con el que ha sido dado a la expresión «dar ley a los otros» en el arranque de este artículo. Sobre todo si se tiene en cuenta la figura femenina, alegórica de Francia, que disecciona el pecho del león para arrancarle el corazón y vaciarlo de los españoles que contiene.

Estos españoles, representados como figurillas insignificantes que se precipitan al vacío por la acción de la doncella-Francia llevan asociados ciertos nombres — don Gui(c) [de Bourgogne], Morgant(e), Fierabrás, don Escardón, don Diego, Rodomont(e), don Alonso y don Roderic (El Cid don Rodrigo), personajes muchos de ellos presentes en los cantares de gesta y en las novelas de caballería del siglo

101. Supe de ella a través de la sucinta descripción de AZNAR MARTÍNEZ, *Cataluña y el Rey...*, Parte I, p. 226, n. 410. Está en la BnF, Inv. RESERVE QB-201 (539)-FOL.

102. «Pobre Flandes, pobre león/Es preciso que tu ambición/Se rinda a nuestra extrema fuerza/Francia te presiona el corazón/Para hacer, pese a ti misma/Salir al injusto posesor». La traducción es mía.

XV relacionadas con la península ibérica y también presentes en la tragicomedia *Le Cid*, de Pierre Corneille, representada por primera vez en 1637 y responsable, en gran medida, de la leyenda caballeresca española en Francia. Tales personajes representan la forma burlesca en la que los franceses ven el temperamento español, baladrón por fanfarrón¹⁰³, y caminan hacia el perro de la guerra, situado en la parte inferior izquierda denotando que ahora tiene dueño francés, para ser devorados. En este lado izquierdo, dos franceses descuartizan el león arrancándole sus patas traseras, donde figuran escritos los nombres de las plazas tomadas por Francia entre 1644 y 1646, sobre un mapa que muestra los antiguos feudos franceses de los Países Bajos (los condados de Flandes y Artois) y el señorío de Tournai-Tournaisis, francés hasta su adquisición por Carlos V en 1521. Otro francés tira al león de la cola (símbolo de movilidad), para privarle de su capacidad de reacción; uno más, situado en el lado derecho, le arranca los dientes (símbolo de fuerza, vitalidad y agresividad) para arrebatarle su brío. Mientras, también a la derecha, están dos españoles, uno caracterizado de forma grotesca según el modelo del *capitano spagnolo*, bravucón y cobarde, de la *commedia dell'arte*. Es éste el que tira inútilmente de la cabeza del león con una soga mientras otro francés está a punto de degollarlo y, en consecuencia, de destruirlo sin que el español renuncie a la conservación de la bestia para salvarle la vida.

La estampa — que no es un punto final, sino un eslabón más en una cadena de imágenes de propaganda antiespañola que Francia promovió de forma incisiva a partir, sobre todo, de 1642 —, presenta a Francia como única amenaza efectiva y certera del «Flandes español», con una intención que parecen avalar los hechos recientes. Con todo, hay otra estampa francesa no muy conocida de 1646, *Les forces de la France victorieuse*¹⁰⁴ [Fig. 4], que conmemora la toma de Dunquerque por Enghien (respaldado por los mariscales Gassion y Ratzau, representados a caballo en el extremo superior derecho) y alude a la conquista francesa de Rosas. En el centro de la escena se sienta un español que representa las «Forces d'Espagne» y cuyo cabello (símbolo de fuerza) corta un francés, ayudado por un portugués, mientras un catalán le presenta una rosa en una bandeja para que la huela y él reconoce: «Cela me fait mal» (esto me daña). A la derecha, hay otro grupo formado por un francés que, asistido por un holandés, corta el cabello de un flamenco que representa las «Forces de Flandres» y dice «Vous mot[t]e[z] mes forces» — como si se trataran de una presa de caza, herida y asustada, que debe acurrucarse o esconderse entre terrones de tierra para escapar del cazador francés —, mientras el holandés admite: «J'ayde à t'ajuster» (ayudo a apuntarte, en el sentido de ayudar al cazador a ajustar su tiro

103. Lo muestran las anécdotas recopiladas en las *Rodomontades espagnoles o Rodomuntadas castellanas*, obra publicada en París en 1607 y atribuida Nicolas Boudoin, que luego registró bastantes ediciones entre 1610 y 1644, CIORANESCO, A.: «Les 'Rodomontades espagnoles' de N. Baudouin», *Bulletin Hispanique*, 39, n° 4 1937, pp. 339-355.

104. Se conserva en la BnF, Inv. RESERVE QB-201 (39)-FOL.

contra la presa). Puesto que, en la estampa, también hay un lorenés contemplando al primer grupo y, formando un tercer grupo a la izquierda, un francés que corta el cabello de un alemán («Forces d'Allemagne») asistido por un sueco y acompañado por un bávaro malcontento, se puede inferir que esta imagen entronca en sentido con la anterior de *L'Espagnol sans coeur*, pues subraya que la pérdida de potencia y de respuesta militar de la Monarquía de Felipe IV es global: se presenta en un conjunto de frentes y contiendas diversas, debido a una conjunción de fuerzas contrarias que conciertan su ataque para obrar simultáneamente, siendo todas ellas cómplices corresponsables de su «descaecimiento». La Monarquía de Felipe IV, se admite, ha perdido su vigor militar por obra de todos, si bien es Francia quien «da ley» en tales frentes, como sucede en el de España y en el de Flandes.

¿Se entrevé aquí que la contención, el contrapeso y la neutralización de los Habsburgo (especialmente los de Madrid) que Luis XIII había pretendido lograr al declarar la guerra a Felipe IV en 1635 era un designio colectivo o general europeo, antes que individual-francés? Da la impresión de que es eso lo que se pretende mostrar. ¿Se entrevé, acaso, que la lucha generalizada que ha acabado de arrebatarse a Felipe IV su capacidad de «dar ley a los otros» va a traducirse en un «sistema de seguridad común», alternativo al «sistema de dominación» establecido por él, que Francia se limitará a liderar convertida en árbitro de la Cristiandad? Según algunos, este sistema de seguridad colectiva requería «equilibrio de poder» y «salvaguardia del pluralismo» de «estados teóricamente iguales», es decir, era un sistema multipolar de estados que sólo reservaba a Francia la función de polo principal, y así entendieron el papel de la Corona francesa Richelieu y Mazarino¹⁰⁵. Pero no parece ser esto lo que se pretende mostrar al recalcar la credibilidad de las armas de Francia. Si se atiende a las dos imágenes elaboradas por la propaganda pro-francesa en 1646 que se acaban de comentar, Francia aspira a «dar ley a los otros» y admite no sólo estar en condiciones de hacerlo, sino también que le corresponde o merece hacerlo por haber precipitado, además de liderado, el presunto abatimiento de los Habsburgo de Madrid entre 1635 y 1646. De acuerdo con esta lógica, el «sistema de dominación» de Felipe IV habría de ser necesariamente sustituido, en el futuro, por el del todavía jovencísimo Borbón Luis XIV. Da la impresión de que las Provincias Unidas lo percibieron así y de que fue 1646 el año en el que acabaron de comprender el valor que el «Flandes español» tenía para ellas como «barrera» de contención de Francia.

105. MALETKE, K.: «France's Imperial Policy during the Thirty Years' War and the Peace of Westphalia», en *1648: War and Peace in Europe*, 1998, t. I, pp. 177-185, esp. 180 y 184.

5. ANEXO: IMÁGENES DE PROPAGANDA PROFRANCESA
 COMENTADAS



Figura 1: *L'Espagnol désoüillé* (1643)
 BnF, Inv. RESERVE QB-201 (36)-FOL



Figura 2: *L'Espagnol sans coeur* (1645)
 BnF, Inv. RESERVE QB-201 (38)-FOL

ALICIA ESTEBAN ESTRÍNGANA
 «DAR LEY A LOS OTROS» Y EMANCIPARSE DE ELLA: BALANCE DE HEGEMONÍA
 EN LAS DOS GUERRAS DE FLANDES (1635-1646)



Figura 3: *À la Flandre démembrée* (1646)
 BnF, Inv. RESERVE QB-201 (539)-FOL



Figura 4: *Les forces de la France victorieuse* (1646)
 BnF, Inv. RESERVE QB-201 (39)-FOL

6. BIBLIOGRAFÍA

- ABREU Y BERTODANO, J. A. DE: *Colección de los Tratados de Paz de España. Reynado de Phelipe IV*. Partes I, II, III y IV. Madrid, Juan de Zúñiga-Antonio Marín-Viuda de Peralta, 1744, 1745, 1746 y 1750.
- ADVIELLE, V.: *Le siège d'Arras en 1640 d'après La Gazette du temps*. Arras-París, 1877.
- AEDO, D. DE: *Viage, sucessos y guerras del cardenal don Fernando de Austria... hasta veinte y uno de septiembre de 1636*. Madrid, Imprenta del Reino, 1637.
- ARBLASTER, P.: *From Ghent to Aix: How They Brought the News in the Habsburg Netherlands, 1550-1700*. Leiden-Boston, Brill, 2014.
- AVENEL, D. L. M. (ed.): *Lettres, instructions diplomatiques et papiers d'état du cardinal de Richelieu*, t. IV (1630-1635). París, Imprimerie Impériale, 1863.
- AZNAR MARTÍNEZ, D.: *Cataluña y el Rey. Representaciones y prácticas de la Majestad durante el cambio de soberanía (1640-1655)*. Tesis doctoral inédita. Universidad de Barcelona, 2016, Partes I y II.
- BABEL, R.: «L'assecuratio pacis avant Richelieu. Quelques repères», en BRAUN, G. y BUCHENAU, S. (dirs.): *Assecuratio Pacis. Les conceptions françaises de la sûreté et de la garantie de la paix de 1648 à 1815-Französische Konzeptionen von Friedenssicherung und Friedensgarantie von 1648-1815*. Université de Paris VIII (Journée d'études tenues à l'Institut Historique Allemand, 16/05/2008), accesible desde 2010 en la dirección URL: https://www.perspectivia.net/publikationen/discussions/4-2010/babel_assecuratio. Las actas fueron editadas por Guido Braun (Münster, Aschendorff, 2011).
- BATIFFOL, L.: «Richelieu et la question de l'Alsace», *Revue Historique*, 138, 2, 1921, pp. 161-200.
- BERTIÈRE, S.: «La guerre en images: gravures satiriques anti-espagnoles», en MAZOUER, Ch. (ed.): *L'âge d'or de l'influence espagnole: l'Espagne et la France à l'époque d'Anne d'Autriche (1615-1666)*. Mont-de-Marsan, Editions Inter-Universitaires, 1991.
- BLANCHARD, J. (ed.): *Philippe de Commines. Mémoires*. Ginebra, Droz, 2007, 2 t. (t. 1: Introduction, édition des livres I à VIII; t. 2: Variantes, notes, glossaire, index analytique, index des lieux et personnes).
- BOADAS, S.: *Locuras de Europa. Diego Saavedra Fajardo y la Guerra de los Treinta Años*. Madrid, Universidad de Navarra-Iberoamericana/Vervuert, 2016.
- BRAUN, G.: *La connaissance du Saint Empire en France du Baroque aux Lumières (1643-1756)*. München, Oldenbourg, 2010.
- CIORANESCO, A.: «Les 'Rodomontades espagnoles' de N. Baudouin», *Bulletin Hispanique*, 39, 4, 1937, pp. 339-355, con versión española en sus *Estudios de literatura española y comparada*. La Laguna, Universidad, 1954, pp. 115-136.
- COBARRUVIAS OROZCO, S. DE: *Tesoro de la lengua castellana o española*. Madrid, Luis Sánchez, 1611.
- COMMELIN, I.: *Histoire de la Vie & Actes memorables de Frederic Henry de Nassau*. Ámsterdam, Vefve & heritiers de Iudocus Ianssonius, 1656. Parts I et II.

- CREMER, A.: «La ‘protection’ dans le droit international public européen du XVIème siècle», en STEGMANN, A. (ed.): *Théorie et pratique politique à la Renaissance*. París, Vrin, 1977, pp. 145-157
- D’HÉRICOURT, A.: *Les sièges d’Arras. Histoire des expéditions militaires dont cette ville a été theatre*. Arras, Topino, 1844.
- DU MONT, J.: *Corps universel diplomatique du droit des gens, contenant un recueil des traitez [...] qui ont été faits en Europe [...]*. Ámsterdam-La Haya, 1728, t. VI, Parte I.
- ESTEBAN ESTRÍNGANA, A.: «El ‘gobierno de príncipes’ en los Países Bajos católicos. La sucesión del Cardenal Infante al frente de las provincias obedientes (1641-1644)», *Annali di Storia moderna e contemporanea*, 7, 2001, 167-222.
- ESTEBAN ESTRÍNGANA, A.: «Entre deslealtad dinástica y trama antiespañola: la conjura nobiliaria flamenca de 1632 a la luz del tratado franco-holandés de 1635», en SALINERO, G.; GARCÍA GARRIDO, A.; y PAUN, R. (eds.): *Paradigmes rebelles. Pratiques et cultures de la désobéissance à l’époque moderne*. Bruselas &, Peter Lang, 2018, pp. 365-398.
- ESTEBAN ESTRÍNGANA, A.: «Olivares y el Cardenal Infante en el gobierno de Flandes: el desafío franco-holandés a la conservación de las provincias entre 1635 y 1641», en ELLIOTT, J. H. y NEGREDO DEL CERRO, F. (eds.): *Memoriales y Cartas del Conde Duque de Olivares*, t. II: *Correspondencia entre el Cardenal Infante y don Gaspar de Guzmán*. Madrid. En prensa.
- FORSSBERG, A. M.: *The Story of War. Church and Propagande in France and Sweden, 1610-1710*. Lund, Nordic Academic Press, 2016.
- GOTTHARD, A.: «L’abominable monstre de la neutralité’: la campagne de libelles contre la neutralité pendant la Guerre de Trente Ans», en CHANET J. F. y WINDLER, Ch. (dirs.): *Les ressources des faibles. Neutralités, sauvegardes, accommodements en temps de guerre (XVIIe-XVIIIe siècle)*. Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2010, pp. 83-103.
- HABINEK, T. N.: *The Politics of Latin Literature: Writing, Identity, and Empire in Ancient Rome*. Princeton (NJ), Princeton University Press, 1998.
- HENRARD, P.: *Marie de Médicis dans les Pays-Bas, 1631-1638*. Bruselas, Muquardt, 1876.
- JIMÉNEZ ESTRELLA, A.: «Pavie (1525) et Rocroi (1643) Impact politique et idéologique de deux batailles contre ‘el francés’», en BOLTANSKI, A.; LAGADEC, Y.; y MERCIER, F. (dirs.): *La bataille. Du fait d’armes au combat idéologique, XIe-XIXe siècle*. Rennes, PUR, 2015, pp. 157-170.
- LESAFFER, R.: «Defensive Warfare, Prevention and Hegemony. The Justifications for the Franco-Spanish War of 1635» (Part I & Part II), *Journal of the History of International Law*, 8, 2006, pp. 91-123 y 141-179.
- LESAFFER, R.: «Siege Warfare and the Early Modern Laws of War», en BROERS, E. J.; JACOBS, B.C.; y LESAFFER, R. (eds.): *Ius Brabanticum, ius commune, ius gentium: Opstellen aangeboden aan Prof. Mr. J.P.A. Coopmanster Gelegenheid van Zijn Tachtigste Verjaardag*. Nimega, Wolf L.P., 2006.
- LONCHAY, H.: *La rivalité de la France et de l’Espagne aux Pays-Bas (1635-1700)*. Bruselas, Académie Royale des Sciences, des Lettres et des Beaux-Arts de Belgique, 1896.

- MALETKKE, K.: «France's Imperial Policy during the Thirty Years' War and the Peace of Westphalia», en BUSSMANN, K. y SCHILLING, H. (eds.): *1648: War and Peace in Europe*. Vol. I: *Politics, Religion, Law and Society*. Münster, Westfälisches Landesmuseum, 1998, pp. 177-185.
- MALETTKE, K.: «L'Alsace à l'époque de la Guerre de Trente Ans et de la Paix de Westphalie», en TOLLET, D. y BÉLY, L. (eds.): *Guerres et paix en Europe Centrale aux époques moderne et contemporaine*. París, PUPS, 2003, pp. 181-192.
- MANZANO BAENA, L.: «Diplomaten und Pamphletisten. Die Debatten um eine mögliche Vermählung der Infantin Maria Theresia mit Ludwig XIV. in Archiv- und Druckquellen (1644-1648)», en JÜRGENS, H. P. y WELLER, Th. (eds.): *Streitkultur und Öffentlichkeit im konfessionellen Zeitalter*. Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 2013.
- MASCAREÑAS, J.: «Sucesos de la campaña de Flandes en el año de 1635, en que Francia rompió la paz con España», en *Varias relaciones de los estados de Flandes (1631-1656)*. Colección de libros españoles raros o curiosos, t. 14, Madrid, Imprenta de Miguel Ginesta, 1880.
- Mémoires de François de Paule de Clermont, marquis de Montglat* (t. 1: 1635-1644 y t. 2: 1645-1655), en PETITOT, M. (ed.): *Collection des Mémoires pour servir à l'histoire de France*. t. 49 y 50. París, Foucault, 1825 y 1826.
- Mémoires de Frederic-Henri, Prince d'Orange, qui contiennent ses expéditions militaires depuis 1621 jusqu'à l'année 1646*. Ámsterdam, Pierre Humbert, 1733.
- Mémoires de Mr. D'Artagnan* [Gatien de Courttilz de Sandras], *Capitaine Lieutenant de la première compagnie des mousquetaires du Roy, contenant quantité de choses particulières et secrettes qui se sont passées sous le règne de Louis le Grand*. Colonia, Pierre Marteau, 1700, 2 t.
- Mercure françois: ou suit de l'Histoire de nostre temps sous le règne du Très-Chrestien Roy de France & de Navarre Louis XIII*. París, Chez Estienne Richer, 1637, t. 20 (años: continuación de 1634 y 1635).
- MICALLEF, F.: ««Sous ombre de protection». Stratégies et projets politiques pendant les «affaires de Provence» (France-Espagne-Italie, 1589-1596)», *Revue Historique*, 656, 4, 2010, pp. 763-794.
- MICALLEF, F.: *Un désordre européen. La compétition internationale autour des «affaires de Provence» (1580-1598)*. París, Publications de la Sorbonne, 2014.
- MONOSTORI, T.: «Antineutralidad. An unknown and unpublished book of Diego de Saavedra Fajardo», *Janus. Estudios sobre el Siglo de Oro*, 7, 2018, pp. 1-18.
- NEGREDO DEL CERRO, F.: *La Guerra de los Treinta Años*. Madrid, Síntesis, 2016.
- PANGE, J. DE: *Charnacé et l'alliance franco-hollandaise (1633-1637)*. París, Picard, 1905.
- PARROTT, D.: *Richelieu's Army. War, Government and Society in France, 1624-1642*. Cambridge, Cambridge University Press, 2001.
- RENAUDOT, T.: *Recueil de toutes les Gazettes, Nouvelles ordinaires et extraordinaires et autres Relations contenant le récit des choses remarquables avenues tant en ce royaume qu'es pays estrangers, dont les nouvelles nous sommes venues toute l'année 1635*. París, Bureau d'Adresse, rue de la Calandre, 1636.

- RENAUDOT, T.: *Recueil de toutes les Gazettes, Nouvelles ordinaires et extraordinaires et autres Relations contenant le récit des choses remarquables avenues tant en ce royaume qu'es pays estrangers, dont les nouvelles nous sommes venues toute l'année 1641*. París, Bureau d'Adresse, rue de la Calandre, 1642.
- SAAVEDRA FAJARDO, D.: *Idea de un príncipe político christiano, representada en cien empresas*. Amberes, Jerónimo y Juan Baptista Verdussen, 1659.
- SCHNAKENBOURG, E. (ed.): *Entre la guerre et la paix. Neutralité et relations internationales, XVIIe-XVIIIe siècles*. Rennes, PUR, 2013.
- SCHRÖDER, P.: «The Concepts of Universal Monarchy & Balance of Power in the first Half of the Seventeenth Century. A Case Study», en KOSKENNIEMI, M; RECH, W; y JIMÉNEZ FONSECA, M. (eds.): *International Law and Empire: Historical Explorations*. Oxford, Oxford University Press, 2016, pp. 83-100.
- SCHRÖDER, P.: *Trust in Early Modern International Political Thought, 1598-1713*. Cambridge, CUP, 2017.
- SONNINO, P.: *Mazarin's Quest: The Congress of Westphalia and the Coming of the Fronde*. Cambridge (MA)-Londres, Harvard University Press, 2008.
- STROHMEYER, A.: «Ideas of Peace in Early Modern Models of International Order: Universal Monarchy and Balance of Power in comparison», en DÜLFFER, J. y FRANK, R. (eds.): *Peace, War and Gender from Antiquity to Present. Cross-cultural Perspectives*. Essen, Klartext, 2009, pp. 65-80.
- TERRADAS SABORIT, I.: *Justicia vindicatoria. De la ofensa e indefensión a la imprecación y el oráculo, la vindicta y el talión, la ordalía y el juramento, la composición y la reconciliación*. Madrid, CSIC, 2008.
- TORRES, X.: «Judas Macabeo y la razón de estado en la España del Seiscentos. A propósito de una comedia de Calderón de la Barca», *eHumanista*, 31, 2015, pp. 452-470.
- TORRES, X.: «De Tirlemont a Riudarenes. Política y religión en la crisis hispánica de 1640», *Hispania Sacra*, 69, 139, 2017, pp. 221-231.
- VAN GELDEREN, M.: «Universal Monarchy, the Rights of War and Peace and the Balance of Power. Europe's Quest for Civil Order», en PERSSON, H. A. y STRATH, B. (eds.): *Reflections on Europe. Defining a Political Order in Time and Space*. Bruselas, Peter Lang, 2007, pp. 49-71.
- VAN NIMWEGEN, O.: *The Dutch Army and the Military Revolutions, 1588-1688*. Woodbridge, The Boydell Press, 2006.
- VAN DER STEEN, J.: *Memory Wars in the Low Countries, 1566-1700*. Leiden-Boston, Brill, 2015.
- VERMEIR, R.: *En estado de guerra. Felipe IV y Flandes, 1629-1648*. Córdoba, Universidad, 2006.
- VIGIER, O.: «Une invasion en France sous Louis XIII», *Revue des questions historiques*, 56, 1894, pp. 440-492.
- VIGNAL-SOULEYREAU, M. C.: *Richelieu et la Lorraine*. París, L'Harmattan, 2004.

- VIGNAL-SOULEYREAU, M. C.: «La Lorraine et la France au temps de Richelieu: les substrats de l'enjeu politique et stratégique», en *Les passions d'un historien: Mélanges en l'honneur de Jean-Pierre Poussou*. París, PUPS, 2010, pp. 1345-1360.
- VINCART, J. A.: *Les relations militaires des années 1634 et 1635 rédigées par Jean-Antoine Vincart, secrétaire des avis secrets* (eds. M. Huisman, J. Dhondt y L. Van Meerbeeck). Bruselas, Académie Royale de Belgique, 1958.
- VINCART, J. A.: «Relación de los progresos de las armas de S. M. Católica [...] de la campaña del año 1642», en *Colección de documentos inéditos para la historia de España (CODOIN)*, t. 59. Madrid, 1973, pp. 113-204.
- VINCART, J. A.: «Relación de los sucesos de las armas de S. M. Católica [...] de la campaña del año 1643», en *CODOIN*, t. 75. Madrid, 1880, pp. 417-469.
- VINCART, J. A., *Relations des campagnes de 1644 et 1646* (ed. P. Henrard). Bruselas, C. Muquardt, 1869.
- VINCART, J. A.: «Relación de la campaña de Flandes de 1645», *CODOIN*, t. 67. Madrid, 1877.
- VITRIAN, J.: *Las memorias de Felipe de Comines, señor de Argenton, de los hechos y empresas de Luis Undecimo y Carlos Octavo, reyes de Francia, traducidas de francés con escolios propios*. Amberes, Juan Meursio, 1643, 2 t.
- WADDINGTON, A.: *La République des Provinces Unies, la France et les Pays-Bas espagnols. De 1630 à 1650*, t. (1630-1642). París, G. Masson, 1895.
- WEBER, H.: «Richelieu et le Rhin», *Revue Historique*, 239, 2, 1968, pp. 265-280.
- WELCH, E. R.: *A Theater of Diplomacy: International Relations and the Performing Arts in Early Modern France*. Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 2017.
- WILSON, P. H.: *La Guerra de los Treinta Años*. Madrid, Desperta Ferro, 2018, 2 vols.